

BOLSILIBROS
BRUGUERA

POLICIACA

SERIE

SERVICIO SECRETO

Craig tiene un plan

Kelltom McIntire



Estaba aterrado. Absolutamente dominado por el pánico.

Había llegado a lo más alto, había conseguido dominar a miles de hombres y mujeres y amasar una gran fortuna.

Sin embargo, John Alexander Craig, a sus sesenta y cinco años, había perdido el valor.

El cerco se estrechaba alrededor de él. Estaba amenazado de muerte.

La primera amenaza concreta se produjo el sábado. El millonario Craig se encontraba en las verdes colinas del campo de golf, en su finca del condado de Worcester.



Kelltom McIntire

Craig tiene un plan

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1279

ePub r1.0

Lds 28.06.18

Título original: *Craig tiene un plan*

Kelltom McIntire, 1975

Cubierta: Miguel García

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Estaba aterrado. Absolutamente dominado por el pánico.

Había llegado a lo más alto, había conseguido dominar a miles de hombres y mujeres y amasar una gran fortuna.

Sin embargo, John Alexander Craig, a sus sesenta y cinco años, había perdido el valor.

El cerco se estrechaba alrededor de él. Estaba amenazado de muerte.

La primera amenaza concreta se produjo el sábado. El millonario Craig se encontraba en las verdes colinas del campo de golf, en su finca del condado de Worcester.

Se disponía a golpear a la pelota hacia el hoyo diecisiete, cuando el bastón se partió en el aire.

Del bosquecillo próximo llegó el eco apagado de un disparo.

Craig palideció. Durante un minuto contempló, perplejo, los dos pedazos en que el bastón de golf había sido limpiamente dividido.

Luego, de repente, se dejó caer al suelo, temeroso de que el asesino oculto en el bosquecillo volviera a disparar.

Así, vientre a tierra, inmóvil, y respirando jadeante, el millonario aguardó hasta que Jim Benson, el muchacho que le servía como *caddy*, llegó hasta él, conduciendo el cochecillo movido por acumuladores.

—¡Señor Craig! —exclamó Jim, asustado—. ¿Se encuentra bien?

Ayudado por el muchacho, Craig se alzó del césped y se dejó llevar hasta el coche.

—¡Aprisa, aprisa! —ordenó al joven—. ¡Volvamos a casa...!

Jim obedeció, asombrado.

Su perplejidad fue en aumento, cuando, ya abandonado el campo de golf, el millonario le preguntó de repente, agarrándole

por un brazo:

—¡Dime, Jim! ¿Viste a alguien entre los árboles?

—Pues... me temo que no, señor Craig. Estaba hojeando una revista. Lo siento, señor. ¿Teme algo? —respondió el chico.

Craig denegó, moviendo la cabeza con fuerza.

Era un hombre de elevada estatura, buena figura, sin un átomo de grasa, gracias al golf, que practicaba a menudo. Tenía una cabeza cuadrada, enmarcada en unos cabellos grises, crespos y rebeldes, y unos ojos grises, inquisitivos y duros.

A pesar de negar su miedo ante Jim, Craig no podía engañarse a sí mismo. Estaba verdaderamente asustado.

Pero ¿quién era la persona que había decidido matarle?

Cierto que, en el pasado, había tenido que usar de mano dura en los negocios, y que se había ganado algunas antipatías.

Pero no existía —que Craig supiera, al menos— un rencor tan profundo como para impulsar a alguien a asesinarle.

¿Entonces...?

Craig tenía tres sobrinos: Milton Craig, Bill y Sandra Joyce.

Milton Craig era el único hijo de Sidney Craig, hermano del millonario. Sidney había muerto en la Segunda Guerra Mundial, cuando su bombardero

B-29

fue alcanzado por los antiaéreos nazis sobre suelo francés.

Bill y Sandra Joyce eran hijos de Edith Craig, su hermana, también fallecida tiempo atrás, casada con un banquero llamado Ted Joyce.

¿Debía sospechar de sus sobrinos?

La frente del millonario se cubrió de gotitas de sudor, ante el monstruoso pensamiento.

—No... ¡No pueden ser ellos los que tengan interés en matarme! —exclamó en voz alta.

Jim se volvió hacia él, entre asustado y perplejo.

—¿Decía, señor Craig...?

Pero el millonario ni siquiera respondió.

No, no debía pensar en ello. Tanto Milton Craig, como Bill y Sandra tenían su porvenir asegurado, aunque de alguna forma vivieran a su sombra.

Por otra parte, sus tres sobrinos habían sido mencionados en su

testamento y tenían asegurados, cada uno de ellos, una cantidad de millones que les convertirían en potentados, cuando John Alexander Craig muriese.

¿Era razonable sospechar que uno de ellos había decidido acelerar la fecha de su muerte para percibir antes aquel dinero?

Craig rechazaba aquella idea, en lo más profundo de su corazón: quería creer que sus sobrinos le profesaban afecto.

El cochecillo corría a escasa velocidad por el camino, en dirección a la gran casa de campo que podía verse sobre una de las colinas que formaban una suave ondulación hacia el Sur.

Craig pensaba y pensaba.

No había querido tomar en serio aquellas llamadas telefónicas. Ahora sabía que la amenaza de muerte no era ninguna baladronada.

La persona que había disparado sobre él debía ser un tirador muy experto... si se admitía que la rotura del palo de golf no era fortuita.

¿Cuándo había ocurrido la primera amenaza...?

Fue en su despacho del edificio Craig, en Boston.

Shirley Grant, su secretaria, le pasó la llamada, que el millonario atendió de forma mecánica.

—John Alexander Craig al habla. Sea breve, por favor —dijo con su acostumbrada voz enérgica.

—No le cansaré mucho, míster Craig. Hoy es jueves, doce de julio. Pues bien: dentro de exactamente dos semanas morirá —dijo una voz átona, disimulada a todas luces.

—¿Cómo diablos ha dicho? —rugió Craig, furioso—. ¡Escuche, voy a...!

Siguió despotricando durante medio minuto... antes de comprender que su desconocido comunicante había colgado ya.

El disgusto del millonario apenas duró unos minutos. Otros problemas le absorbieron enseguida. La dirección de sus múltiples empresas era apasionante, pero también suponía un trabajo de horario apretado e incesante.

Sin embargo...

Tres días después, exactamente el domingo siguiente, Craig recibió una nueva comunicación.

Se encontraba en sus habitaciones de la planta tercera del edificio Craig, viendo la televisión, cuando el zumbido del teléfono

le obligó a apartar sus ojos de la pantalla.

—Craig al habla. Diga de prisa lo que tenga que decir —gruñó, malhumorado.

Aquella voz, sin acento ni vibración alguna, volvió a dejarse oír.

—¡Le dejaré volver a las payasadas de Dick Van Dike en un minuto, señor Craig! Sólo quiero recordarle que morirá el jueves, día veintiséis de julio.

—¡¡Espere!! —bramó el millonario—. ¿Qué broma absurda es ésa? ¡Escuche, voy a hacer que le detengan y le encierren por unos años! ¡Yo...!

Calló, sofocado de cólera. Al otro lado habían colgado.

Aquella noche trató de darse ánimos.

Sin embargo, Craig se sentía intranquilo, inquieto, preocupado.

A la mañana siguiente, recibió la visita de Ernest Lakerman, su abogado personal. Y le habló del asunto.

—¿Cuál es tu opinión, Ernie? —preguntó finalmente al abogado.

—Creo que debiera llamar a la policía. Y además, contratar a un par de detectives —dijo Lakerman.

Craig estalló en exclamaciones.

—¡Policías, detectives...! —gritó—. Jamás los he necesitado. Por otra parte, no creo que sirvan de mucho.

Sin embargo, aquel mismo día estableció comunicación telefónica con el comisario Francis McDougall.

—Le enviaré a uno de mis mejores hombres. Se llama Frock, Anthony Frock. Él se encargará de todo —prometió McDougall.

Frock llegó en la tarde del lunes.

Era un hombre de unos cuarenta años, de aspecto rudo y maneras enérgicas.

—Intervendré sus líneas de teléfono, señor Craig. Y grabaré todas las conversaciones recibidas. Desde luego, necesito un lugar adecuado y la mayor discreción —dijo Frock, enseguida.

A John Alexander Craig le fue antipático el policía, desde el primer momento.

Ambos poseían caracteres idénticamente rudos y agrios, y no se podía obtener de ellos el menor entendimiento.

Así y todo, el millonario permitió que el policía montase su complejo aparato de precauciones en el edificio Craig.

Nada ocurrió el lunes, ni el martes.

El miércoles tampoco ocurrió nada. Hasta las seis de la tarde, hora en que el señor Craig descendió de la planta catorce, donde se encontraba su despacho, a las habitaciones privadas de la planta tercera.

Apenas el aparato comenzó a descender, Craig notó que el ascensor se movía más aprisa de lo normal.

Ben Dillon, el chico de dieciséis años que manejaba el ascensor, maniobró apresuradamente en la palanca de control. Sin el menor éxito.

—¡Lo... lo siento, míster Craig! —sollozó—. Creo... creo que el mecanismo se ha descompuesto.

Ya iba a contestar el millonario, cuando el ascensor se detuvo con tanta brusquedad, que ambos cayeron al suelo.

El pequeño altavoz del techo vibró desagradablemente y luego se oyó la desagradable voz átona.

—Ni una brigada de policías podrá impedir que usted muera el día veintiséis de julio, señor Craig. No podrá escapar.

Craig golpeó las paredes, dominado por la furia.

—¡Salga! ¡Salga de ahí, canalla, déjese ver! —gritó, descompuesto.

Ben, muerto de miedo, le miró desde el suelo.

—¿Qué esperas ahí? —rugió el millonario—. ¡Vamos, pon en marcha el ascensor! La persona que ha hablado debe encontrarse todavía en el sótano.

El ascensor, milagrosamente, obedeció al movimiento de palanca del ascensorista.

Un momento después, Craig gritaba a pleno pulmón en el vestíbulo, atrayendo la atención del conserje y de los empleados de mantenimiento del edificio.

El sótano entero fue registrado. Pero no encontraron a ningún intruso.

El vigilante del garaje del sótano juró, por su alma, que nadie había entrado o salido por allí en los últimos diez minutos.

Semejante fue la declaración del portero. Y del conserje.

Craig se desesperó.

¿Cómo podía introducirse un intruso en su edificio, sin ser visto por nadie?

¡Era incomprensible!

Sólo había una solución: tenía que haber escapado a través de las alcantarillas del sótano.

La deducción de Craig resultó cierta: la tapa metálica correspondiente estaba fuera de su sitio.

Craig ordenó que se llamara a la policía. La cloaca fue registrada por algunos bomberos. Pero el intruso había conseguido escapar para entonces.

La persona que quería matarle había dado muestras irrefutables de poder llevar a la práctica su amenaza.

La bala de un rifle o una carabina había partido limpiamente su palo de golf.

Pero si aquel hombre. —Craig estaba seguro de que aquella voz era masculina— quería matarle, ¿por qué no lo había hecho?

CAPÍTULO II

El cochecillo eléctrico se detuvo ante el porche, donde aguardaba Douglas, el mayordomo de míster Craig.

—¿Alguna cosa más, señor? —preguntó el *caddy*.

John Alexander Craig pareció volver a la realidad.

—¡Nada, Jim! —dijo. Y descendió despacio del vehículo—. Puedes irte.

Douglas miró al millonario con curiosidad.

—¿Necesita algo, señor? —preguntó amablemente, intrigado por el hecho de que míster Craig no hubiera terminado su acostumbrada partida de golf.

—Sí —gruñó el millonario—. Llévame a la biblioteca un doble de *whisky*.

Douglas abrió mucho los ojos.

¡Un doble de *whisky*... en ayunas, antes del almuerzo! Indudablemente, algo desacostumbrado acababa de ocurrirle al señor Craig.

—Inmediatamente, señor —respondió, sin embargo.

Por su parte, el millonario atravesó el vestíbulo y fue directamente a la biblioteca.

Ya se disponía a descolgar el teléfono, cuando pareció arrepentirse.

Podía llamar a Jeff Lindsay, el jefe de policía de Worcester. Pero ¿de qué serviría?

Era sábado. Lo que quería decir que en los pantanos próximos habría centenares de excursionistas domingueros, la mayoría de los cuales habrían puesto sus rifles y carabinas en el portamaletas, con la esperanza de abatir a las aves acuáticas y otras piezas, abundantes en la zona.

No. No valía la pena molestar a Lindsay. No conseguiría identificar al hombre que disparara, un cuarto de hora antes, desde el bosquecillo que limitaba las pistas de golf.

Craig hacía más de un año que no fumaba, pero en aquel momento sus nervios le obligaron a fumar ansiosamente un cigarrillo.

Douglas llegó en aquel momento. Dejó el *whisky* y un recipiente con cubitos de hielo en una bandeja que depositó sobre la mesa, y esperó unos segundos, aguardando alguna confidencia por parte de míster Craig.

El millonario alzó entonces sus penetrantes ojos grises hacia él y preguntó:

—¿Ha llamado Milton? Me refiero a mi sobrino, naturalmente.

—Lo siento, señor. Hace dos meses que no viene por aquí, ni utiliza el teléfono para interesarse por su salud —respondió el mayordomo.

Craig plegó los sólidos y gruesos labios en un rictus colérico.

—Está bien, márchate —dijo, sombrío.

Se sentía deprimido, triste y solo.

Pensó en sus sobrinos.

No había una relación frecuente entre él y Bill y Sandra Joyce, aunque sus dos sobrinos se empeñasen en visitarle en la casa de campo.

Craig solía hacer todo lo posible para evitar aquellas visitas. No le gustaban Bill y Sandra, pero sí le agradaba Milton Craig, un alocado e iluso muchacho de veintiocho años, que estaba poniendo en juego su vida a cada momento, en aquellos condenados concursos de acrobacia aérea.

Bill Joyce tenía cuarenta años. Era gordo e indolente, no muy inteligente e incapaz de la menor iniciativa.

Sandra, su hermana mayor, no tenía mucho que envidiarle. Cuarenta y cinco años, una figura redonda, sin gracia, un rostro anodino, tremendamente vulgar, y una aparente afición por las obras benéficas.

Milton era un loco. Pero Craig le prefería. Por muchas razones.

Porque Milton era rebelde y sincero. Porque no se plegaba a sus órdenes, como hacían Sandra y Bill, demasiado inconstantes para ser capaces de rebelarse.

¡Milton...!

A John Alexander Craig le hubiera gustado tener un hijo como aquél. Dos o tres años atrás, cuando Milton regresó de Vietnam, Craig había iniciado un discreto acercamiento al joven.

¿Por qué no alentar la esperanza de que Milton se convirtiese algún día en su sucesor...?

Milton vivió algunas semanas en la mansión de su tío. Por desgracia, el carácter brusco, autoritario y absorbente del millonario lo echó todo a perder.

Es decir, Milton volvió a su apartamento de Boston, y sus relaciones se enfriaron un tanto.

Craig movió la cabeza, con pena. Fumó aprisa del cigarrillo, y tomó un sorbo de licor del vaso que conservaba en la mano izquierda.

¡Si pudiese encontrar a Milton...! Milton sabría escucharle, comprenderle. Incluso protegerle.

Era un hombre robusto, atlético, que practicaba los deportes a menudo y había sido campeón de tiro en las olimpiadas militares.

Lástima que fuera tan rebelde y tozudo. Por lo demás, Milton poseía una pequeña fortuna, heredada de su padre, que le permitía vivir con absoluta independencia.

Craig bebió de su vaso hasta que, en el fondo, sólo quedaron los dos cubitos de hielo.

Tomó la botella y vertió otro generoso chorro de *whisky*.

Se sentía ahora más sereno, aunque era consciente del peligro que se cernía sobre él.

¡Si pudiera encontrar a Milton...!

Descolgó el teléfono y habló con la central de Worcester. Diez minutos después, tenía comunicación con Boston.

Milton no se encontraba en su apartamento de Princess Street, en Boston. ¿Cómo conseguir encontrarlo...?

Sólo existía un medio: comunicarse con alguna de las jovencitas cuya compañía solía frecuentar su sobrino.

Recordó, por ejemplo, a Raina Patterson, la hija pequeña de Dick Patterson, dueño de una empresa de transportes importante.

Al fin, consiguió la comunicación. Una voz juvenil, muy agradable, llegó hasta Craig.

—Buenos días, señor Craig. ¿Milton? Partió en avión hacia

Montreal. Sí. Durante toda la semana se celebra un concurso internacional de veleros. Ya sabe, se trata de unas pruebas de vuelos sin motor. No, lo siento: ignoro cuándo volverá.

Craig se sintió aún más amargado y solo, cuando hubo terminado de hablar *miss* Raina Patterson.

Dio las gracias y colgó.

¿Valía la pena intentar comunicarse con Milton en Montreal? No. Aunque lo más probable era que ni siquiera lograra hablar con Milton.

Craig se alzó del sofá, fue al gran ventanal desde el que se dominaba una bella perspectiva de sus campos, y corrió la cortina.

A la una almorzó sin apetito. No se atrevió a dar su acostumbrado paseo a caballo: el hombre que le había disparado podía continuar al acecho.

Craig advirtió que sus manos temblaban. Y se encolerizó consigo mismo.

La culpa... ¿no era sólo suya? Había consagrado su vida al trabajo, a sus negocios. Era cierto que había estado a punto de casarse en dos o tres ocasiones, pero siempre terminó arrepintiéndose.

Ahora estaba solo. Y tenía miedo... a morir.

Craig, que iba a dejarse caer sobre el sofá nuevamente, se detuvo y quedó rígido.

Acababa de recordar a Boris Kasan y su suicidio.

Kasan era un hombre de cincuenta años, un químico eminente, un inteligente e incansable investigador, al que la empresa Craig Laboratories debía una docena de inventos, que habían supuesto millones y millones de dólares en beneficios.

Dos meses atrás, Boris Kasan había terminado sus últimos y misteriosos trabajos.

El día que subió al despacho de Craig, en la planta catorce del edificio, Kasan apenas podía disimular su nerviosismo. Sus ojos brillaban, parecía ansioso por hablar.

—No va a creérselo, señor Craig, pero he estado trabajando en un suero capaz de inmunizar a millones de personas contra los efectos de la radiactividad atómica —dijo, de pronto.

La sorpresa del millonario fue indescriptible.

Masculló, maldijo, manoteó y finalmente chilló:

—Boris, ¿cree usted que es lícito mantener en secreto algo tan importante? Al fin y al cabo, soy yo quien financia sus investigaciones. Esperaba que se comportase conmigo de otra forma. Un descubrimiento de tal importancia...

—Lo siento, señor Craig, pero precisamente esa importancia fue la que me aconsejó llevar en absoluto secreto mi investigación. En cuanto mi suero haya sido debidamente experimentado con animales, la nación que lo posea dispondrá de una tremenda seguridad vital, en caso de guerra nuclear. Usted sabe que el más devastador efecto de las explosiones nucleares es la radiactividad que se desprende, y que permanece durante meses flotando en la atmósfera, en forma de invisibles corpúsculos y...

—Lo sé, lo sé —asintió Craig. Y reconoció noblemente—. Perdón, Boris, creo que me excedí.

—Soy absolutamente leal al hombre que me paga con generosidad, señor Craig. Ahora mi descubrimiento está a su disposición. Los Craig Laboratories podrán comercializar el suero o vender la fórmula al Gobierno. Sin embargo, me atrevo a recomendarle la mayor discreción.

—Comprendo —respondió Craig—. Un suero antirradiactividad sería codiciado por muchas naciones. El país que lo posea se sentirá casi invulnerable, en caso de guerra nuclear.

—Precisamente. En cuanto a mí, no tengo que repetirle que he realizado mi trabajo con toda clase de precauciones. Nadie conoce mi secreto, excepto usted. Incluso lo he ocultado a Nelly, mi única hija. Desde luego, ella es inteligente, y sabe que he estado trabajando en algo de suma trascendencia, pero eso es todo.

Craig expulsó con fuerza el aire, en un resoplido sonoro.

—Bien, Boris, no puedo ocultarle mi satisfacción. Enhorabuena. Las empresas Craig han trabajado siempre para la Paz. Y éste es un paso gigante para proteger a la humanidad. Debemos seguir guardando el mismo secreto respecto a su fórmula, profesor...

—¿Tiene algún proyecto en particular? —preguntó Kasan con gran interés.

Craig no respondió enseguida. Reflexionó unos instantes, las manos apoyadas en la frente.

—Creo que el suyo, profesor, es un descubrimiento que pertenece a la humanidad, sin discriminaciones. Me gustaría

ofrecerlo a las Naciones Unidas, a la Unesco, tal vez. Soy un patriota americano, pero... es posible que nuestro Gobierno se reservase el suero para sí, como una ventaja sobre sus potenciales enemigos. Creo que debe seguir adelante con sus experimentos sobre animales. Por mi parte, guardaré la fórmula. ¿La ha traído?

Kasan sacó un paquetito de su bolsillo, y lo dejó sobre la mesa.

—Sí. Yo mismo he realizado las fotografías, e incluso he revelado el carrete. No se trata del trabajo de un profesional, pero el revelado es claro. He destruido los negativos e incluso mis notas. Por mi parte, la fórmula está en mi cerebro. Sólo usted y yo conocemos la forma de fabricar el suero, ahora, señor Craig.

—Perfectamente, profesor. No es necesario decir que me siento emocionado. Naturalmente, los Craig Laboratories están en deuda con usted. Tendrá su compensación, créalo. Es posible que, además, cuando el suero anti-radiactividad deje de ser un secreto, obtenga usted el premio Nobel —dijo el millonario, mirándole con sincera admiración.

—No lo sé —respondió el investigador, con franqueza—. Pero me considero suficientemente pagado con poder seguir trabajando en la investigación, que es la vocación absorbente de toda mi vida.

Minutos después, Craig despedía al profesor Kasan. Luego, movió el bonito paisaje alpino que decoraba el frontis de su despacho, y guardó el rollo de película.

Acababa de sentarse nuevamente, cuando sus ojos contemplaron con asombro el intercomunicador que tenía sobre la mesa.

¡Lo había dejado conectado con el despacho de Shirley Grant, su secretaria!

Un sudor frío cubrió su frente.

De forma estúpida, había olvidado cerrar la comunicación que pensaba establecer con su secretaria, cuando penetró en el despacho el profesor Kasan.

Shirley Grant podía haber escuchado claramente toda la conversación.

Aquella idea le produjo una extraña desazón.

Inmediatamente, se alzó de su asiento y salió de su despacho.

La señorita Grant no se encontraba en su mesa. Y su intercomunicador estaba cerrado.

Suspiró, aliviado.

De todas formas, quería llegar hasta el final. Sabía la hora exacta, el momento justo en que Kasan había penetrado en el despacho. Y también el instante de su salida.

Llamó a un ordenanza, y preguntó por su secretaria.

—Está en los lavabos, señor. Acaba de sufrir una indisposición —le dijeron.

Ronald Warner, el director general de las empresas Craig, apareció en el pasillo.

—¿Ocurre algo, señor Craig? —preguntó, atento.

—¡No, no! nada importante, Warner. Se trata de *miss* Grant: se ha indispuerto. Dígale a Ted Currow que me envíe, entre tanto, a una de sus mecanógrafas. Es posible que *miss* Grant tenga que marcharse a casa —explicó.

—Desde luego, señor Craig —asintió Warner.

Buena persona, aquel Ronald Warner. Era joven, dinámico, ambicioso y capaz. Había ascendido en las empresas Craig desde el puesto de botones. En la actualidad, Warner era la mano derecha del millonario.

Más aliviado, Craig volvió a su despacho, pensando si serían verdad los rumores acerca de una amistad íntima entre Warner y su gordísima sobrina, Sandra Joyce.

—Sería estúpido —sonrió, volviendo a sentarse—. Sí, sería estúpido que Ronald Warner hubiera adoptado este medio para acercarse a mi fortuna.

CAPÍTULO III

A las cinco de la tarde, Craig tomó un café y algunas pastas.

Se sentía muy intranquilo, y había fumado más de medio paquete de cigarrillos, lo que suponía un pésimo síntoma para él.

Un pensamiento se le había puesto entre ceja y ceja: comprobar si el rollo de celuloide impresionado, que le entregara el profesor Kasan, seguía en su caja de caudales.

¿Cómo era posible que Boris Kasan hubiera tomado la decisión de suicidarse?

Sin embargo, parecía responder a la verdad, puesto que el fiscal había aceptado la tesis del suicidio.

Los hechos resultaban fáciles de relatar: Kasan se había encerrado en su apartamento de Summergate, y se había disparado un balazo en la cabeza.

La pistola con la que se mató era de su propiedad, y sus huellas dactilares eran las únicas halladas sobre el arma.

Pero ¿por qué?

Kasan era un hombre sencillo, sin complicaciones. Poseía una envidiable situación económica, un trabajo asegurado para el resto de sus días, y ningún problema que fuera del dominio público.

Ahora, más que nunca, John Alexander Craig se preguntó si el suicidio de Boris Kasan y la amenaza de muerte que se cernía sobre él mismo, tenían alguna relación.

Si era así...

A las cinco y media, Craig hizo venir a Douglas y ordenó:

—Que Ramsay prepare mi «Cadillac». Volveremos a Boston.

Douglas enarcó una ceja, estupefacto, pero se apresuró a cumplir la orden.

El «Cadillac» era un coche blindado, que le había costado

cuarenta mil dólares.

Jamás Craig había utilizado ninguna precaución especial acerca de su persona. Pero desde que recibiese la primera de aquellas sórdidas llamadas telefónicas...

Por otra parte, Craig había terminado despidiendo al teniente Frock, con cajas destempladas: no podía sufrir a aquel hombre, penetrando sin previo aviso en su despacho, y husmeando eternamente por todos los rincones del gran edificio Craig.

A las cinco cincuenta y cinco, el «Cadillac» conducido por Ramsay, partió de la finca de Worcester, hacia Boston.

A las ocho y diez, Craig tomaba el ascensor desde la planta sótano. En el vestíbulo, se hizo acompañar por John Gringaid, el conserje general.

El ascensor se detuvo en la planta catorce, y Gringaid abrió el despacho, quedándose fuera.

Ya dentro, Craig cerró la puerta con el cromado cerrojo. Las cortinas y persianas estaban corridas.

Separó el paisaje alpino, y abrió la caja.

Si había dejado allí la fórmula de Kasan, en lugar de confiarla a la seguridad de un Banco, se debía sencillamente a que sólo él, Craig, conocía la combinación del arca.

Un suspiro de alivio brotó de sus labios, al tocar con sus dedos el rollo de película.

Volvió a cerrar la caja, colocó el cuadro en su sitio, y se reunió con el conserje.

El gran edificio estaba absolutamente vacío los sábados y domingos, puesto que todas sus plantas, excepto la tercera, estaban dedicadas a oficinas de las empresas Craig.

Para el millonario, los largos pasillos vacíos presentaban un aspecto desolador, extraño, desconocido. En realidad, jamás había subido a su despacho en un día de descanso.

—¿Bajamos, señor? —preguntó Gringaid.

—Bajemos, sí —respondió Craig, con cansancio—. Déjame en la tercera, John.

En el gran salón de estar, tapizado de moqueta verde, Douglas le sirvió un jerez.

«También a Milton le gusta el jerez», pensó, mientras conectaba la televisión, ansioso por olvidar sus desagradables pensamientos.

Debía contratar a un detective, o a media docena. Podía permitirse todos los lujos que quisiera.

Pero su carácter, su maldito carácter, se lo impidió. ¿Cómo aguantar la presencia no deseada de unos desconocidos?

Craig se hubiera sentido feliz y confortado, en compañía de Milton. Y nada más.

Las únicas medidas de seguridad que había tomado era reforzar los puestos de vigilancia del vestíbulo y del garaje.

No era fácil penetrar en el edificio Craig, ni mucho menos.

Siguiendo sus órdenes, Douglas había corrido todas las persianas metálicas de la tercera planta. Así se sentía más tranquilo.

Aquella noche, Craig tuvo que tomar algunas píldoras contra el insomnio. Algo inaudito en él, que solía dormir profundamente cada noche, en cuanto se dejaba caer sobre su lecho.

El domingo fue un día terrible. Largo y monótono, pues Craig se negó a asistir siquiera a su acostumbrada partida de póquer del Golden Club.

Al fin llegó el lunes. Craig se pasó la mañana marcando el número de teléfono de Milton. Incluso llamó varias veces a Raina Patterson. Todo fue inútil.

—Seguramente, regresará el viernes, señor Craig.

¿Por qué no hacía lo que estaba deseando? Es decir, ¿fletar un avión y trasladarse a Montreal, charlar con Milton, suplicarle que volviese con su tío?

No. Jamás sería capaz de suplicar. Esperaría a Milton.

El martes ocurrió algo terrible.

A las once de la mañana debía celebrarse una reunión extraordinaria del consejo de administración de las empresas Craig.

Se habían reunido los principales accionistas de las empresas Craig, los consejeros, los abogados y el director general, Ronald Warner.

Hacia la mitad de la sesión, alguien se alzó de la mesa y dijo:

—Huele a quemado. Juraría que...

Jim Lester, uno de los asesores jurídicos, se levantó y fue hacia la puerta que comunicaba con la sala de computadoras.

Una llamarada gigantesca le abrasó el rostro, en cuanto abrió la puerta.

Fue una catástrofe. Los accionistas chillaron de miedo, y se

precipitaron locamente hacia la salida, sin reparar en que algunas personas habían caído, y estaban siendo pisoteadas.

Sólo John Alexander Craig y su director general, Warner, tuvieron la sangre fría suficiente para proceder con serenidad.

Craig descolgó el teléfono y avisó al servicio de incendios. En cuanto a Warner, arrastró a Lester lejos de las llamas, y le prodigó los primeros cuidados.

Luego, apenas en quince minutos, el fuego fue sofocado.

El ingeniero que revisó la instalación eléctrica dio una explicación tajante:

—No fue un cortocircuito, sino alguna materia inflamable arrojada sobre las máquinas.

Las pérdidas no eran muy importantes, sobre todo para un imperio industrial del volumen de las empresas Craig.

Pero el millonario comprendió que aquello suponía otro de los «avisos». Ya no le llamaban por teléfono, como hicieran cada tres días, a partir del doce de julio. Ahora se trataba de un aviso mortal, como pudo serlo el del disparo en el campo de golf de la finca de Worcester.

El mismo Ronald Warner le aconsejó que pidiese protección policial. Pero Craig, tras la pasada experiencia con el teniente Frock, no atendió su consejo.

Naturalmente, se denunció el incidente, puesto que se trataba de una maniobra criminal.

El caso quedó explicado a la mañana siguiente: Fred Timball, el encargado de la sección contable, no se presentó al trabajo.

A las diez, Craig recibió una llamada del comisario.

McDougall: Timball había resultado muerto la noche anterior, en una reyerta.

—Al parecer, Fred Timball se encontraba en un callejón de Franklyn Row. En su coche convertible se encontraba también una jovencita de dudosa conducta. Unos gamberros les sorprendieron en la oscuridad, y les insultaron. Timball tenía un revólver, y les amenazó con el arma, muy furioso. Entonces uno de los muchachos le apuñaló por la espalda. La muchacha que estaba con él ha declarado, y su declaración coincide con la de los gamberros, interrogados uno a uno, por separado —agregó el comisario.

—Escuche, McDougall: algo me dice que esos gamberros

mataron a Timball premeditadamente —insinuó Craig.

—No lo creo. No lo conocían de nada. Y Timball se había detenido en el callejón por azar. Ya sabe, con el fin de hacer manitas con la muchacha o algo parecido. Si logramos averiguar algo más, le tendré al corriente.

Bien, a Timball nadie podría interrogarle.

Sin embargo, era presumible que al encargado de la central contable, anexa a la sala de sesiones, le habían pagado por prender fuego a las máquinas.

Habían utilizado fósforo, un material mil veces peligroso. Y si el rascacielos entero no había ardido por los cuatro costados, se debía a la serenidad del propio John Alexander Craig, que se había apresurado a organizar lo más urgente: la extinción del fuego.

El miércoles, hacia las once de la noche, Craig recibió en su casa una llamada telefónica.

—¿Míster Craig? Soy Phil Garland, investigador privado. Accidentalmente, acabo de saber algo que le interesa a usted mucho: una conspiración para asesinarle.

Craig quedó sin habla, por unos instantes. Luego, al fin, consiguió articular algunas palabras:

—No le entiendo...

—Verá, señor Craig: estaba realizando una investigación para los supermercados Garret, y he logrado detener a un tipo sospechoso de atraco. Un joven. Tiene la lengua floja, y me ha dicho cuanto he querido. Se llama Flynn, y asegura que alguien le pagó cinco mil dólares por disparar contra usted desde un lugar cercano a su finca de Worcester —agregó Garland.

Craig se sintió inmediatamente atraído por el asunto.

—Hable, señor Garland. Le pagaré lo que me pida —exclamó.

Garland tardó unos segundos en responder.

—Escuche, señor Craig: lo que he averiguado es asunto de suma gravedad. Hay involucradas en la conspiración personas de las que ni siquiera se atrevería a sospechar. Personajes importantes, ¿me entiende? Por tanto, creo que sería muy peligroso seguir hablando por teléfono. Por lo demás, es tarde ya. Soy casado y no acostumbro a regresar tarde a casa. Mi mujer es un monstruo, que siempre está sospechando cosas raras, ¿comprende? Veamos..., ¿dispone de algún lugar discreto donde pudiéramos entrevistarnos mañana?

Craig reflexionó.

¿Qué mejor lugar para mantener una entrevista con Garland que... la biblioteca del Golden Club?

A las once de la mañana, el club solía estar absolutamente desierto.

—La biblioteca del Golden Club —dijo—. No se permite la entrada a nadie que no sea socio, pero si se identifica como Phil Garland, le permitirán entrar. Escuche, Garland, ¿no puede adelantarme nada?

—Lo siento, señor Craig. Pero deberá creermme si le digo que prefiero no hablar... por su propia seguridad. Y también por la mía, lo reconozco. Si las personas interesadas supieran que vamos a estropear sus planes, no dudarían en hacerme asesinar. Por cierto, ¿tiene usted algún arma, señor Craig?

—¿Un arma? Pues... no —respondió el millonario.

—Cómprela mañana mismo. Es bueno que pueda defenderse, en un momento dado. Una pistola calibre treinta y ocho puede bastarle. Y otra cosa: no se olvide de llevar algún dinero. Como comprenderá, no hago esto por amor al arte. Tenga en cuenta que me expongo mucho.

—¿Cuánto? —En cuestiones de dinero, Craig iba siempre al grano.

—¿Qué tal diez mil? ¿Le parece bien? —preguntó Garland.

—De acuerdo.

—Entonces, no hablaremos más. Ah... una última advertencia, señor Craig. Es de suma importancia que no hable con nadie de esto. No diga siquiera que se propone mantener una entrevista conmigo en el Golden Club. Si sigue mis consejos, no tendrá que arrepentirse.

—Así lo haré. En usted confío, Garland. No falte a la cita.

—No faltaré, señor Craig. Buenas noches.

—Buenas noches —respondió Craig. Y colgó.

Poco después, llamaba a Douglas y le pedía la guía telefónica.

Su dedo índice fue recorriendo las listas de apellidos que empezaban por la letra «G». Finalmente, lo encontró.

«Garland, Phil. Investigaciones privadas. 299, Cash Street».

Garland no había mentido. Se dedicaba a la investigación privada.

Aquella noche, Craig tuvo que aumentar su dosis de somníferos. La inquietud, el ansia por saberlo todo, no le permitiría dormir, de otro modo.

Al fin, se quedó dormido.

Ya en sueños, sus labios se entreabrieron y murmuraron:

—Milton...

CAPÍTULO IV

A las diez, Garland se incorporó sobre el lecho, y apartó la ropa.

Dolly le acarició la esbelta espalda, pero él apartó su mano, enfurecido.

—Déjame ahora —dijo con su acostumbrada voz reposada—. Tengo que hacer.

Dolly quedó en el lecho, desperezándose como una gata.

No se sentía molesta. No conocía a fondo a Garland, pero sí lo suficiente para saber cuándo no debía insistir.

Habitualmente, Garland era sereno, suave, incluso amable. Cuando se le llevaba la contraria, se comportaba como un tigre rabioso.

A Garland no se le podían hacer preguntas. Dolly ignoraba a qué se dedicaba, aunque sabía que debía ser algún trabajo muy bien remunerado, porque la billetera de Garland estaba siempre rellena de billetes grandes.

Dolly era muy joven, perezosa y acomodaticia. Garland era generoso con ella, le daba cierta libertad, y pagaba con largueza todos los gastos. ¿Para qué preguntar, entonces...?

Le gustaba Garland... en cierto modo. Era un hombre alto, rubio, delgado y fibroso. Sabía hacer el amor, y era pulcro y elegante.

Sin embargo, a Dolly no le gustaban sus ojos. Demasiado azules, fríos y penetrantes. Por eso evitaba su mirada cuando él adoptaba aquella expresión ansiosa.

Por su parte, Garland era el hombre menos curioso del mundo. Desde que un día la conociera en casa de Hardy Bukmann, él no le había hecho ninguna pregunta.

Ni siquiera preguntó cómo era posible que el temible Bukmann

la hubiera dejado marchar con él, por las buenas.

Mientras Dolly pensaba, podía escuchar el agua de la ducha, y se imaginaba a Garland, recibiendo sobre su piel los dardos helados del agua.

Diez minutos después, Garland, correctamente vestido con un traje veraniego impecable, penetraba en la alcoba.

—Volveré a almorzar —dijo.

Dolly se quedó mirando el fino maletín de piel, con cantos dorados.

—De acuerdo, querido. Tendré preparado un succulento almuerzo —respondió, estirando las piernas con voluptuosidad bajo las sábanas.

Garland abandonó el dormitorio, y Dolly escuchó el rumor de la puerta, al abrirse.

Luego, ella saltó del lecho y corrió hacia la ventana. A través de los visillos, Dolly estuvo contemplando a Garland, que penetró en el garaje, sacó su brillante «BMW» azul, tornó a cerrar la puerta del garaje y desapareció.

Quince minutos después, Garland se detenía a unos cien metros del Golden Club.

Dirigió una ojeada a los alrededores, y luego sacó los prismáticos.

A través de ellos pudo ver la gigantesca silueta del portero. Las lentes enfocaron, luego, las ventanas del muro lateral derecho.

Estaban situadas a dos metros de altura sobre el suelo, pero carecían de rejas.

Garland conocía perfectamente la situación de la biblioteca. Se había gastado cincuenta dólares, la noche anterior, en obtener un rudimentario croquis de las instalaciones del club. El hombre que había dibujado aquel croquis, era Johnson, el calefactor electricista al servicio del Golden Club.

A las once menos diez, un enorme «Cadillac» negro penetró por la entrada principal.

A través de los binoculares, Garland contempló la elevada silueta de John Alexander Craig, que subía rápidamente los peldaños, mientras su chófer llevaba el coche al garaje, situado en el sótano.

En cuanto Craig desapareció, Garland se ajustó unos finos

guantes de piel, tomó su maletín y saltó la verja del jardín.

Avanzó agachado, tras los cortos macizos de boj y aureola. No dudó ni un momento. Por el contrario, sus movimientos eran precisos y seguros.

Llegado al muro lateral, abrió el maletín y sacó una ventosa y un diamante de cristalero.

Dio un salto y alcanzó el pretil de la ventana. El diamante describió aproximadamente un círculo alrededor de la ventosa adherida al cristal.

Inmediatamente, Garland guardó el diamante y tiró con un movimiento enérgico del mango de la ventosa: el círculo de vidrio se desprendió y Garland lo guardó cuidadosamente en el maletín.

Introducir la mano, accionar el pestillo, abrir la ventana y descender al pasillo le llevó escasos segundos.

Avanzó por el pasillo tranquilamente, como un socio más del Club, dispuesto a celebrar una cita en sus dependencias.

La puerta de la biblioteca era ancha y maciza, bellamente tallada.

Garland llamó discretamente con los nudillos, y escuchó la voz bronca de míster Craig:

—Adelante.

Empujó y pasó adentro.

Craig giró la canosa cabeza, y le miró.

—¿Garland? —preguntó.

—Sí, señor Craig. Soy Phil Garland.

—Bien. Venga aquí. Siéntese. Y hable. Estoy sobre ascuas —invitó el millonario.

—Gracias.

Garland ocupó un sillón de espaldas a la puerta. Dirigió una ojeada a su alrededor. La biblioteca era una gran pieza rectangular, con estanterías en los muros, repletas de viejos tomos encuadernados en piel.

Satisfecho de su inspección, Garland miró al anciano.

—¿Y bien...? —preguntó éste, ansioso.

—Supongo que cumpliría mis instrucciones, míster Craig.

—Sí. Pero...

—No se precipite. Quiero estar seguro de que nada va a fallar.

Craig empezó a impacientarse.

—¿Qué espera para hablar? —exclamó.

Entonces advirtió que Garland miraba con desconfianza hacia la puerta.

—No sé —murmuró el detective, simulando muy bien la inquietud—. Pienso que alguien puede penetrar aquí en cualquier momento, y escuchar nuestra conversación. Compréndalo, míster Craig: me juego el cuello en este asunto.

Craig se puso en pie con rapidez.

—Si es por eso —dijo—, el problema quedará subsanado ahora mismo. Pedí al conserje la llave. Cerraré por dentro.

Mientras Craig iba hacia la puerta, Garland sonrió.

Había conseguido lo que quería. Ahora, todo iría sobre ruedas.

El millonario cerró la puerta con llave, volvió a su asiento y miró al maletín que Garland tenía sobre las rodillas.

—Vayamos al grano —propuso. Y agregó, nervioso—: Quiero saberlo todo. He pasado la noche sin dormir. Hable, Garland.

—Bien... está usted amenazado de muerte. Es tan cierto como que ahora estamos en el Golden Club, señor Craig.

El millonario se removió, inquieto, en su asiento.

—Eso ya lo sé. Aunque no pueda comprenderlo. No tengo enemigos... ¡No puedo comprender nada! —gritó.

—Tranquilícese, por favor. Lo cierto es que alguien desea su muerte. Y que no reparará en gastos para matarle. La persona que trata de asesinarle ha ofrecido cincuenta mil dólares a la persona que lo consiga.

El sudor frío empapó la frente del anciano. Los goterones corrieron por sus mejillas hasta el cuello, y empaparon el fino algodón de su camisa.

Garland le contempló con sus ojos fríos, inclementes. Y dijo:

—Supongo que tendrá mi dinero...

Craig se apresuró a sacar un alargado sobre del bolsillo interior de su chaqueta, y lo ofreció a Garland, que se lo guardó, sin comprobar su contenido.

—¿Y la pistola...?

—Aquí está —respondió Craig, mostrando una plana «Walker», calibre 38.

—Guárdela.

—Está bien. Y ahora, hable..., ¿cuál es la persona que quiere

asesinarme y por qué...? —preguntó.

Garland abrió su maletín, introdujo una mano en su interior.

—Me temo que nunca conocerá la respuesta a esas preguntas, míster Craig. Sin embargo, usted ha sido muy amable conmigo, y debo satisfacer, en parte, su curiosidad —pronunció Garland, con voz monótona.

—¡Hable!

—Le diré el nombre de la persona encargada de asesinarle.

Craig se inclinó ávidamente hacia adelante, al tiempo que Garland se ponía en pie y se aproximaba a él, en la actitud de quien va a hacer una confidencia.

La pistola que Garland sacó rápidamente del maletín tenía adaptado un largo silenciador.

—Su asesino, míster Craig —susurró Garland—, SOY YO MISMO.

Aproximó el cañón de su «38» a la sien del millonario, y disparó.

Craig se derrumbó sobre el respaldo de su sillón, y quedó inmóvil. Sus labios se entreabrieron lentamente, y un susurro apenas audible salió de ellos:

—Mil... ton...

Sin perder tiempo, Garland introdujo una mano en el bolsillo de Craig, y sacó la pistola que el anciano había adquirido aquella misma mañana.

Extrajo el cargador, quitó una bala, que se guardó en el bolsillo, quitó el seguro, y puso la pistola en manos del muerto.

La pistola resbaló, los dedos no la aprehendían, pero aquello carecía de importancia para Garland. Porque sólo pretendía una cosa: asegurarse de que las huellas digitales del anciano quedarían plasmadas sobre el arma.

Garland retrocedió, miró el cadáver con expresión crítica, y asintió, satisfecho.

Todo estaba en orden. Había sido *un perfecto suicidio*.

—Infeliz —pensó, refiriéndose a Craig—. Probablemente, ni siquiera recordó que hoy es jueves, veintiséis de julio. Es decir, la fecha en que debía morir.

No quedaba nada que hacer allí, excepto escapar.

Garland dirigió una última ojeada a Craig, cerró su maletín, sacó unas anchas gafas oscuras, y se las puso.

Craig había dejado la llave de la biblioteca en la misma

cerradura.

Aprestó el oído. Silencio.

Giró la llave y la puerta se abrió. Atisbo el pasillo y, comprobando que estaba desierto, salió y cerró la puerta.

La llave fue enviada adentro a través de la parte inferior de la puerta. Quedaba más de un centímetro de ranura, y Garland la empujó hacia el interior con un hábil y rápido impulso del dedo corazón, apoyado sobre el pulgar para tomar más fuerza.

Con pasmosa serenidad, como si no fuese un intruso en aquel lugar, Garland alcanzó la primera ventana que se le puso al paso, la abrió y saltó al jardín.

Un momento después, se encontraba tras el volante de su potente y caro «BMW».

Había realizado un magnífico negocio. Sesenta mil dólares... ganados en poco más de quince minutos.

Consultó su reloj de pulsera: las once y veinte.

Magnífico.

¿Qué hacer hasta la hora del almuerzo?

Tomaría un aperitivo en el elegante *University Snack*; haría tiempo hasta la hora del almuerzo.

Como un honesto, honrado y pacífico ciudadano.

CAPÍTULO V

Viernes, once horas.

Un «jet», procedente de Montreal, acababa de descender sobre el aeropuerto Logan, en Boston.

Cuando la escalera autotransportada unió al «jet» con tierra, la puerta se abrió, y los pasajeros empezaron a salir.

Algunos reporteros y una unidad de televisión se aproximaron al aparato.

Un hombre joven, vestido con ropas caras y elegantes, y con sus largos cabellos negros al viento, descendió por la escala, rodeado por algunas bellas jovencitas.

Aquel hombre era Milton Craig.

Los periodistas le detuvieron al pie de la escalera, y le asediaron a preguntas.

Había un motivo importante para ello: Craig venía de Montreal, donde había vencido, en el campeonato Continental de Vuelos sin motor.

La cámara de televisión, montada sobre una camioneta, avanzó entre el grupo de curiosos. En aquel momento, un coche negro de la policía se acercaba, haciendo sonar su sirena.

De pronto, el pánico se desató en el aeropuerto.

El hombre que se parapetaba tras la cámara de televisión, elevó el cañón de una metralleta y disparó, sobre las cabezas de los reunidos, una ráfaga de aviso.

Las jovencitas que rodeaban a Milton Craig chillaron de horror, al escuchar los estampidos.

Inmediatamente, se inició la desbandada. Los reporteros de Prensa se habían arrojado al suelo, las jovencitas corrían en todas direcciones, absolutamente aterroradas...

El hombre de la metralleta maldijo sordamente, al comprobar que los cuerpos de dos reporteros cubrían parcialmente a Milton Craig, caído en tierra.

Tornó a disparar. Las avispas metálicas zumbaron agudamente al chocar contra el hormigón de la pista.

Luego, súbitamente, la camioneta de televisión arrancó hacia adelante. Los muchachos de la Prensa se pusieron en pie alocadamente, y consiguieron apartarse de su trayectoria.

Craig estaba solo, en mitad de la pista, a pocos metros de la camioneta, que se echaba ya sobre él. Querían aplastarle, matarle, era evidente.

Permaneció inmóvil, como si toda capacidad de reacción hubiera huido de él. La camioneta aceleró, siguiendo una trayectoria en línea recta hacia él.

El hombre de la metralleta no podía disparar, pero tampoco era indispensable. Las ruedas y las planchas de la camioneta se encargarían de pulverizar al joven Craig.

Pero Milton Craig amaba la vida. Y además, era joven, atlético y acostumbrado a afrontar voluntariamente situaciones muy peligrosas.

Fue en el último segundo que giró violentamente sobre sí mismo, cuando el conductor de la camioneta lo había perdido bajo el capot.

Las ruedas delanteras arrojaron polvo sobre su rostro, y el humo del tubo de escape le roció de gases mal quemados.

La camioneta se alejó a gran velocidad, pista adelante. Para entonces, el coche de la policía había rebasado el detenido «jet», y rodaba en pos de la camioneta.

De las instalaciones de los servicios del aeropuerto Logan partió también un jeep con algunos hombres de la vigilancia especial del aeropuerto.

La camioneta se cruzó, un kilómetro más allá, con un imponente «Jumbo», que acababa de tomar tierra.

El avión no alteró ni un milímetro su trayectoria. Algunas personas gritaron de horror, en las terrazas del aeropuerto.

Sin embargo, no sucedió nada. La camioneta, a gran velocidad, se cruzó con el «jet», y pasó holgadamente bajo sus alas.

Debió ser la turbulencia engendrada por las turbinas del

«Jumbo», la que hizo girar como una peonza a la camioneta, que golpeó de costado sobre las pistas de hormigón, arrancando chorros de chispas al duro pavimento.

El vehículo, parcialmente tapado por el «Jumbo», se salió finalmente de la pista y se incendió.

Entre tanto, junto al avión procedente de Montreal, Milton Craig se ponía en pie serenamente, y sacudía sus ropas como si nada extraordinario acabase de ocurrir.

Dos azafatas corrieron hacia él, y le tomaron por los brazos.

—¿Se encuentra usted bien, señor Craig? ¿Está seguro? ¡Dios santo, creímos que... que...! —gimió una de las bellas azafatas.

—Estoy bien —respondió Craig, risueño. Pero no hizo nada por separar de sí a las dos preciosas chicas.

Unos policías les obligaron a subir al autocar que aguardaba junto al avión.

En el vehículo, las jovencitas recobraron la respiración, y todos rodearon a Craig, solícitos.

—Fue... ¡espantoso! Por un momento, todos creíamos que la camioneta le había aplastado... Afortunadamente...

—Será mejor que se haga reconocer por un médico, de todas formas, señor Craig. Nunca se sabe...

Pero Milton Craig no pensaba en ningún médico.

Pensaba en otra cosa: en que había escapado a la muerte por milímetros.

Por dos veces había disparado sobre él aquel falso cámara de televisión. Y las dos veces había errado sus disparos.

Lo que apasionaba a Milton era aquella corta pregunta..., ¿por qué?

Jamás persona alguna había demostrado por él un interés tan extraordinario como... para asesinarle.

Cierto que a Milton Craig le gustaban mucho las mujeres. Decir que le gustaban demasiado, no sería exagerar.

¿Quizá una de ellas...?

No. Milton nunca había herido tan profundamente como para merecerse la muerte.

Aquel pensamiento le obligó a sonreír.

Alguien le ofreció un cigarrillo. Milton lo tomó, y fumó con cierta ansia.

Pensó que lo primero que haría sería llamar por teléfono a su tío John Alexander.

Le había venido ocurriendo, durante los días de su estancia en Canadá, un curioso y poco usual fenómeno premonitorio: había soñado que su tío John era asesinado.

La pesadilla se había apoderado de él hasta obsesionarle.

—Es estúpido, absurdo. Tío John no tiene enemigos. Cierto que siempre fue un hombre de negocios duro e intransigente. Pero también lo es que su conducta fue siempre honrada y justa —se había repetido a sí mismo; docenas de veces.

La tensión y el interés de Milton estaban, por aquellos días, puestos en la prueba de vuelos sin motor. Fue por ello, quizá, por lo que pudo reprimir sus deseos de llamar por teléfono a su tío.

Milton sentía una profunda admiración por John Alexander Craig. Por desgracia, el carácter disciplinado, un tanto huraño y absorbente de su tío, chocaban violentamente con el libre e independiente del joven.

En el autocar de la compañía de aviación, los pasajeros, pasado el susto, charlaban acerca del incidente, sin parar.

—Quizá esos hombres trataban sólo de secuestrar el avión. Quisieron hacer una demostración de fuerza —comentó, muy excitado, uno de los reporteros.

¿Era posible?

Inmediatamente, Milton se vio asaltado por los periodistas. Contestó vagamente a sus preguntas. No tenía capacidad para concentrarse en las respuestas: estaba pensando en tío John Alexander.

Al fin, el autocar se detuvo ante la terminal de llegadas internacionales.

En atención al atentado sufrido minutos antes, el paso por la aduana fue muy breve para Milton Craig.

Solicitó de una de las azafatas de tierra que se ocupase de pedirle un taxi y de recoger su equipaje, y penetró en la sala de espera de llegadas internacionales.

Entonces los vio. Eran sus primos.

Bill Joyce estaba repantigado en una butaca, con la pesadez de un bien cebado toro Hereford.

Su rostro, redondo, carecía de expresión, lo que era usual en él.

Muy cerca de Bill estaba Sandra Joyce, su hermana.

Dos cosas llamaron inmediatamente la atención de Milton: las vestiduras negras de ambos, y el pañuelito que Sandra tenía junto a la nariz.

Había un tercer individuo, absorto en la tarea de consolar a su gorda prima Sandra.

Era un caballero muy elegante, joven y correcto, vestido con un traje veraniego gris.

De pronto, mientras caminaba hacia ellos, sin el menor entusiasmo, Milton recordó a aquel personaje: era Ronald Warner un empleado de su tío.

Bill fue el primero en verle. Hizo un dramático e inútil esfuerzo por incorporarse. Tras lo cual, se volvió a su hermana y la tomó por el brazo.

—Sandra —dijo, jadeante—. Es Milton. Está ahí.

Sandra recrudeció sus sollozos inmediatamente. Y, ayudada por Warner, se puso en pie y corrió al encuentro de Milton Craig.

—¡Milton, oh, Milton! —gimió dramáticamente—. Pobrecito Milton, pobrecitos de nosotros... ¡Ahora estamos solos!

Milton no devolvió el beso que Sandra acababa de darle en la mejilla. No le resultaba agradable, sobre todo después de advertir que el *rimel* de sus pestañas manchaba abundantemente sus mejillas.

Quedó rígido.

No necesitaba que se lo dijeran. Ahora, en un segundo, había comprendido que su pesadilla no era sino un aviso de su subconsciente.

A tío John le había ocurrido algo horrible, estaba seguro.

Ronald Warner, que continuaba prodigando sus consuelos a Sandra, hizo un inciso y le tendió la mano.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Milton, directo—. Esas vestiduras negras...

—Míster Craig ha muerto —declaró Warner, bajando los ojos—. Siento tener que ser yo quien le de la penosa noticia.

A Milton le latió aceleradamente el corazón. Una sensación pesada y agobiante le embargó.

—Muerto —murmuró, muy pálido—. ¿Cómo es posible?

Warner soltó por un momento a Sandra Joyce, y bajó el tono de su voz:

—Nadie lo comprende, señor Craig. Y créame, todos andamos de cabeza. La policía no hace más que preguntar y preguntar. Pero nadie sabe nada. Al parecer, míster Craig se trasladó ayer al Golden Club, pidió la llave de la biblioteca al conserje, y se encerró en ella...

Según Warner, hacia la una del mediodía, Booth, el conserje, había vuelto a recordar a míster Craig.

—Fue a la biblioteca y encontró la puerta cerrada; De nada sirvieron sus gritos ni sus súplicas. Finalmente, Booth llamó a la policía. Rompieron la puerta y encontraron a míster Craig, sentado en un sillón... muerto. Tenía una pistola calibre 38, que fue encontrada en el suelo. Según se cree, se disparó un tiro en el cráneo. Llevaba casi dos horas muerto. Créame, señor Craig, siento...

Milton no le escuchaba ya. Se había separado de ellos, y aproximado a los amplios ventanales desde los que se dominaban las pistas del aeropuerto Logan.

¡Pobre tío John...! Un eterno solterón, solo y triste, en medio del imperio floreciente que él había hecho surgir de la nada, con su trabajo constante y denodado.

De repente, Milton elevó el mentón con energía.

¿Suicidarse tío John?

—¡No! —murmuró con rabia—. De él podía esperarse cualquier cosa, pero no el suicidio. Era un hombre entero, voluntarioso, de una pieza.

Warner le tocó por detrás.

—Está usted muy pálido, señor Craig. Creo que necesita ayuda médica. ¿Puedo servirle de algo?

Milton se volvió a él.

—No, gracias. Ya pasó. Por lo demás... creo que mi taxi me espera —respondió.

En efecto, la azafata a la que había dado sus instrucciones se aproximó a él, y le habló unas palabras.

Milton alzó el brazo en una vaga señal de saludo a sus primos, y abandonó la sala.

Afuera estaba el taxi, con el motor en marcha.

Milton penetró en él, y pidió al taxista:

—Comuníqueme con el comisario McDougall, por favor.

El hombre conectó su radio, manipuló en ella con una mano, y tomó el auricular del radio-teléfono.

—Comisario McDougall al habla, señor.

—Perfectamente. Dígame que soy Milton Craig. Deseo saber dónde se encuentra el cadáver de mi tío, John Alexander Craig.

El taxista repitió sus palabras y aguardó. Al cabo, se volvió hacia él y dijo:

—Respetuosas condolencias del comisario McDougall. El cadáver se encuentra en la Morgue, pero usted puede hacerse cargo de él, cuando guste. El juez ha dictaminado suicidio. ¿Adónde vamos, señor?

—A la Morgue, por supuesto.

Una pena honda, negra, y sombría envolvía el ánimo de Milton Craig.

El juez había dictaminado suicidio. Pero Milton Craig no podía creerlo. Aunque le presentasen pruebas de convicción, aunque el propio John Alexander Craig resucitase y lo declarase así.

Por otra parte, ¿no parecían relacionados aquellos dos hechos? Es decir, la muerte de John A. Craig y el atentado sufrido por el propio Milton, en el aeropuerto, minutos después de descender del «jet».

Una línea invisible parecía unir aquellos dos hechos, entre los cuales apenas mediaban veinticuatro horas.

Milton sentía que un escozor inaguantable en los ojos le impedía mirar a través de los cristales.

—No debo sentir pena ahora —se dijo—. Es mejor pensar.

Era imposible concentrar sus ideas, sin embargo.

El taxi se había detenido. Se encontraban ante el edificio de ladrillos de la Morgue.

—Espéreme —rogó Milton. Y descendió.

El jefe de servicios del depósito de cadáveres debía haber recibido instrucciones concretas, puesto que, en cuanto Milton se identificó, el funcionario llamó a otro empleado y ordenó:

—Acompañe al señor Craig a los frigoríficos.

Milton temblaba, caminando a vivo paso por el frío pasillo, en pos de los pasos del empleado.

Penetraron en la sección de frigoríficos. El empleado consultaba una cartulina colgada sobre el muro, muy cerca de la puerta.

—Venga —dijo.

Abrió uno de los cajones, retiró el paño que cubría el cadáver, y dijo:

—Éste es.

El hombre se retiró unos pasos, y Milton avanzó.

Tragó saliva. Por primera vez en su vida, sentía el miedo de una forma consciente, honda, absoluta.

Miró aquel rostro cerúleo, frío y yerto. Bajó una mano, y tocó sus facciones. El frío penetraba en sus venas como una corriente paralizadora.

—Tío John —murmuró.

Un sollozo hondo le obligó a estremecerse de pies a cabeza.

Las lágrimas brotaban mansas y generosas de sus ojos. ¿Cuánto tiempo sin llorar?

Finalmente, Milton cubrió el rostro de su tío con el paño, y se volvió hacia el hombre.

—He terminado.

Volvieron al vestíbulo. Milton habló unas palabras con el encargado de los servicios.

El sol le dio en los ojos, y secó sus lágrimas. Penetró en el taxi que le aguardaba, y dio al taxista la dirección de su apartamento.

—Doscientos once de Charington Village.

No pensaba estar allí mucho tiempo. El justo para cambiarse de traje. Después tendría que ocuparse de organizar el funeral de su tío John Alexander.

CAPÍTULO VI

Al atardecer, el «BMW» se detuvo en la avenida del parque.

Garland sacó un cigarrillo, fumó sin prisas, y se dispuso a esperar, tras consultar la hora.

No habían transcurrido aún cinco minutos, cuando un gran sedán negro apareció en la avenida. El automóvil se desvió a la izquierda, y quedó estacionado. Sus luces se apagaron.

Garland arrojó el cigarrillo por la ventanilla, introdujo una mano bajo la chaqueta para quitar el seguro a su pistola, y bajó del coche.

Sin demostrar la menor prisa, se aproximó al automóvil negro. Llegado a él, se inclinó sobre la ventanilla y dijo:

—Buenas noches, señor...

—¡Calle! —le respondieron desabridamente—. Le advertí que no debía pronunciar mi nombre.

—Estamos solos, y nadie puede oírnos. ¿Para qué tantas precauciones? —rió Garland.

—Haga lo que le parezca... en lo que le concierna. En cuanto a mí, no me gusta correr riesgos innecesarios.

—*Okay* —rió Garland—. ¿Para qué me ha hecho venir? El asunto está terminado. Yo hice un trabajo para usted, y he recibido el pago acordado. No comprendo por qué...

—Tengo otro trabajo para usted. Se lo pagaré con tanta generosidad como el anterior —dijo su invisible interlocutor.

El rostro delgado y juvenil de Garland se frunció en una sonrisa satisfecha.

—Ajá. ¿Quién es nuestro... amigo? —preguntó con ironía.

—Tenga. En el sobre hay diez mil dólares como pago anticipado y una fotografía. Todos los datos están ahí. Hágalo cuanto antes.

Eso es todo.

El motor del coche negro acababa de ponerse en marcha. Antes de que empezase a moverse, Garland gritó:

—¡Espere!

—¡No me haga perder el tiempo! —el tono del personaje que apoyaba impacientemente sus manos sobre el volante era iracundo—. ¿Qué quiere?

—Algo importante... para mí. ¿Cuándo recibiré los cuarenta mil restantes?

—¡No debe preocuparse por eso! —le respondieron—. Veamos: yo tengo absoluta confianza en usted...

—Porque sabe que no fallo.

—Tampoco fallo yo. En cuanto el trabajo esté terminado, le llamaré y le citaré en algún lugar discreto.

—¿Por qué no aquí mismo?

—¿Me lo pregunta? Un hombre tan cauto como usted debiera saber que jamás debe utilizarse por segunda vez el mismo lugar para una cita. Váyase ahora. Esperaré hasta verle desaparecer.

—Okay —respondió Garland—. Hasta la vista.

Garland volvió a su «BMW», puso el motor en marcha y arrancó.

No viajó durante mucho tiempo. Un kilómetro más allá, donde la avenida del parque describía una anchísima curva a la izquierda, se detuvo y paró el motor.

A la luz que brotaba de un poste de alumbrado próximo, rasgó el sobre y comprobó su contenido.

Había diez mil dólares, en efecto. En billetes legítimos.

También había una cartulina. Una fotografía.

La foto correspondía a un joven de rostro bronceado, cabellos negros y algo largos y sonrisa muy atractiva.

Al dorso, se habían escrito algunos datos a máquina.

«Milton Craig, veintiocho años. Domicilio: 211 Charington Village».

Nada más. Pero para Garland era suficiente.

Sabía que no le habían entregado aquella fotografía para colocarla en un álbum de recuerdos.

Tenía que matar a aquel hombre. Es decir, a Milton Craig.

* * *

A las ocho, Milton volvió a su apartamento de Charington Village.

Le acompañaba Douglas Beck, el mayordomo de su tío.

Douglas había accedido a pasar a su servicio, con muy buena disposición.

—Muerto el señor Craig, es decir, su tío, me sentiré honrado prestándole mis servicios a usted, señor —había dicho el mayordomo.

Milton sentía absoluta confianza en Douglas. Y comprendía que, en los próximos días, su ayuda sería inestimable.

Cuando Milton abrió la puerta de su apartamento, Douglas aprobó la amplia y cómoda vivienda, con un imperceptible movimiento de cabeza.

—Iré a atender el teléfono, señor. Parece que la persona que llama tiene mucha prisa —dijo.

En efecto, el teléfono estaba zumbando, desde que entraran.

—Es para usted, señor —dijo el mayordomo, cuando Milton penetró en el salón.

Tomó el teléfono, y en su oído vibró la dulzona voz de Sandra Joyce.

—Milton, ¡oh, querido Milton! ¿Eres tú?

—Milton Craig al habla. ¿De qué se trata, Sandra?

Sandra gimoteaba al otro lado.

—Ah, Milton, querido primo, ahora necesitamos de ti más que nunca. Verás: nunca hemos mantenido una relación frecuente y continuada. Pero ahora que la pena nos aflige, y la soledad se apodera de nosotros...

—Al grano, Sandra. Tengo muchas cosas que hacer todavía, y estoy fatigado. Acabo de ultimar los detalles del enterramiento de tío John. El entierro será mañana, a las cinco de la tarde, en la Park Street Church. ¿Qué quieres?

A través del hilo telefónico, un cuchicheo leve llegó a los oídos de Milton. Seguramente, Bill estaba junto a Sandra, insinuándole alguna cosa.

—Milton, querido primo, ¡te agradecemos tanto que tú te hayas ocupado de todos esos engorrosos trámites! Ya sabes cómo es Bill: no sabe ni encargar una reserva de viaje. En cuanto a mí... ¡soy tan impresionable! Gracias, gracias, querido primo. Pero hay algo que nos conturba...

—¿De qué se trata? —preguntó Milton, ya impaciente, mientras Douglas recorría la casa, inspeccionando todas las habitaciones.

—Pues... Verás: nos hemos puesto al habla con ese horrible hombre llamado Thurman Morris. Ya sabes: el notario encargado de los asuntos de tío John. Me ha dicho algo horrible. Anoche algunos hombres descerrajaron la puerta de su despacho de la calle Congress. Morris dice que reventaron su caja fuerte, robaron algún dinero y varios legajos de documentos... ¡Es horrible! ¡Dice que el testamento ha desaparecido!

Sandra gimoteaba desesperadamente.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Milton? Desaparecido el testamento, Bill y yo nos encontramos tan tristes y desamparados...

—Tornó a decir.

Oyéndola, Milton notó que su pecho se inflamaba de ardiente cólera.

Durante unos segundos, su indignación fue tan grande que le impidió pronunciar las palabras que subían atropellándose a sus labios.

Luego respiró hondo, y dijo lentamente:

—Podéis estar tranquilos, queridos primos. Tendréis vuestra parte en la camada.

—¿Cómo... cómo has dicho? —Hipó Sandra, desconcertada.

—Lo que has oído. La ley os concederá vuestra parte en la herencia de tío John.

—Pero el testamento...

—¡Al diablo con el testamento! —estalló el joven—. Escucha, Sandra: tengo que hacer ahora. Me ocuparé del testamento después.

—Pero...

—Buenas tardes —respondió. Y colgó.

Se sentía nervioso e indignado.

—¡Buitres! —murmuró—. Aún no hace dos días de su muerte, y ya están disputándose los despojos del pobre tío John.

Douglas aguardaba en pie, a gu lado.

—¿Y bien, señor...? ¿Desea tomar algo?

—*Whisky* sin agua —respondió Milton, más calmado—. Trae un vaso también para ti, Douglas. Hemos de hablar durante largo rato.

Douglas abrió mucho los ojos, pero no hizo ningún comentario.

Minutos después, los dos hombres estaban sentados en el salón, uno frente al otro.

—Veamos, Douglas. Hay algo que deseo pedirte.

—Hable, señor.

—Quiero que hagas memoria, que recuerdes, detalle a detalle, los últimos días de John Alexander Craig. Cualquier dato, por despreciable que parezca, me interesa mucho. Empecemos por la fecha en que mi tío recibió aquella amenaza por teléfono. El comisario McDougall me ha hablado de ello. Te escucho.

Douglas se humedeció los labios con un sorbo de *whisky*. Y empezó a hablar. La conversación fue larga. Hacia las once, Milton Craig se alzó de su asiento y utilizó el teléfono.

El hombre que tomó el teléfono al otro lado era el comisario McDougall.

—Buenas noches, comisario. Discúlpeme, pero quisiera pedir su consejo. Al parecer, el testamento de mi tío, en poder del notario Thurman Morris, ha sido robado. Aparte de la natural intervención policial, necesito contratar los servicios de un detective privado. ¿Podría recomendarme a alguno de confianza? —preguntó Milton.

Tras una leve indecisión, McDougall respondió:

—Veamos... Sí, creo que la persona indicada sería Phil Garland. Es un hombre serio, inteligente y honrado. Su dirección debe estar en la guía.

—Gracias, comisario. Buenas noches.

* * *

Dolly se puso en pie, bajó el volumen del televisor, y volvió hacia la mesita del teléfono.

—Es para ti, Phil —dijo.

Garland se puso en pie ágilmente, y tomó el aparato de sus manos.

—Garland al habla. Dígame.

—Señor Garland, soy Milton Craig, sobrino del fallecido míster

John Alexander Craig —las palabras vibraron en el oído de Garland, que palideció un tanto.

Tardó en responder. Su garganta se había secado súbitamente.

—Soy... soy Garland. ¿En qué puedo servirle, míster Craig? —preguntó, al fin.

—El comisario McDougall me ha recomendado a usted, señor Garland. Quiero contratarle. Le pagaré bien.

—¿De qué se trata?

—Me gustaría que charlásemos en un lugar discreto. Por ejemplo, en mi casa. Tengo un apartamento en el 211 de Charington Village. Es tarde, lo sé. ¿Qué le parece mañana, hacia las diez? Le esperaré.

A Garland le brillaron los ojos.

—Perfectamente, señor Craig. Iré a verle a las diez de la mañana —acordó.

Colgó el teléfono, y volvió a recostarse sobre la alfombra.

Sonrió.

¿No era gracioso que el propio comisario McDougall le recomendase, le facilitase el camino para eliminar a Milton Craig?

—Pareces muy divertido, Phil. —Dolly estaba haciéndole cosquillas en el pecho.

Garland apartó su mano con rudeza, porque le molestaba que le distrajeran cuando estaba pensando.

Pensó en McDougall.

Odiaba al comisario. Lo odiaba con todas sus fuerzas, le profesaba un rencor profundo, demencial.

En cambio, a Milton Craig no lo odiaba. Parecía un joven sin complicaciones, simpático y amable.

Lástima que tuviera que morir, pero las cosas eran así.

A la mañana siguiente, Garland tomaría su maletín y se dirigiría en su azul «BMW» a Charington Village.

Cuando volviera, habría ganado cincuenta mil dólares.

CAPÍTULO VII

La mañana era bella, radiante.

Y Charington Village, con sus hermosos hotelitos y jardines, un magnífico lugar para vivir.

Un sitio tranquilo, donde podía estacionarse un coche en cualquier espacio, sin circulación espesa ni curiosos en sus pintorescas calles en pendiente.

A las diez menos cinco, Garland se ajustó sus finos guantes de piel.

Se miró en el espejo retrovisor interior. Sus cabellos rubios estaban perfectamente peinados, y su rostro, afeitado.

No había ojeras en los párpados. Había descansado perfectamente durante la pasada noche.

Ante el doscientos once de Charington Village no había más automóvil que el «BMW». No había chiquillos jugando, ni puestos de helados. Ni un alma transitaba por la soleada avenida.

Bajó del coche y tomó su maletín.

Con pasos resueltos, anduvo hasta la verja, empujó la cancela y llegó ante el porche. Pulsó el timbre.

Garland miró con extrañeza al individuo que le abrió la puerta. Un hombre de unos cuarenta años, robusto, de rostro ancho y grandes entradas en el cabello gris.

Garland enarcó una ceja.

—¿Míster Craig? —preguntó, forzando una sonrisa.

—Está esperándole —respondió Douglas—. Supongo que usted es el señor Garland, el detective.

—Así es —repuso Garland, muy contrariado.

Y en verdad, era una contrariedad la presencia del mayordomo. Garland había imaginado que Craig se encontraría solo en su casa.

—¿Quiere pasar? —invitó Douglas.

Entró.

Una extraña sensación embargaba a Garland. En verdad, tenía que hacer grandes esfuerzos para disimular el temblor de sus manos.

Craig le tendió la mano.

—Síntese, señor Garland. Éste es Douglas Beck, mi mayordomo.

¿Una taza de café? —preguntó Milton.

—Gracias, he desayunado ya —denegó Garland.

Se sentía lleno de dudas. ¿Cómo hacerlo... cómo eliminar a Craig, en tales circunstancias?

Si lo mataba... tendría que matar también a su mayordomo. Sería una estúpida complicación... por la que no percibiría un centavo.

Tendría que esperar otra ocasión. Con el inconveniente de que ahora Craig le conocía ya.

Hizo un esfuerzo por serenarse, por vencer la fría cólera que comenzaba a desatarse en su interior.

—Bien. —Craig le tendía un paquete de cigarrillos—. Vamos al grano, señor Garland. ¿Está dispuesto a trabajar para mí? Desde luego, abonaré la cantidad que usted mismo estime conveniente.

¿Por qué no? Garland comenzó a animarse. Porque era una buena solución: si fingía trabajar para Craig, le tendría al alcance de sus manos. Es decir, sería fácil encontrar la ocasión propicia de enviarle... al infierno.

—No hablemos de dinero ahora, señor Craig. Hábleme de su problema —respondió, amable.

—Gracias. Pues bien: aparentemente se encargará de investigar la desaparición de un testamento. El documento se encontraba en el despacho del notario Thurman Morris. Quiero que dedique alguna atención a este asunto. Pero lo que me interesa en verdad es la muerte de mi tío. La policía y el juez creen que John Alexander Craig se suicidó. Pero yo creo que lo asesinaron.

Los músculos faciales de Garland se tornaron rígidos.

«Un muchacho listo, este Craig» —pensó—. «Listo y peligroso».

Pero lo que dijo en voz alta fue muy diferente:

—Realizaré la investigación que usted me proponga, señor Craig. Pero siento curiosidad. ¿Tiene alguna prueba de que su tío

fuera asesinado?

—No.

—¿Entonces...?

—No se trata de una simple corazonada, si es eso lo que está pensando. Es más sencillo aún: los que no conocían a fondo a John Alexander Craig han dado por bueno el suicidio. Sí, han tenido en cuenta que mi tío era soltero, y estaba solo y triste. Pero yo le conocía a fondo. Y sé que tío John jamás hubiera recurrido al suicidio. Le daré una lista de nombres, Garland. Quiero que los investigue, que compruebe discretamente qué hicieron anteayer, de diez y media a once y media de la mañana. Naturalmente, confío en su discreción.

—Puede confiar en mí, señor Craig. Déme la lista —respondió Garland.

Aunque parezca mentira, Garland contuvo el resuello hasta comprobar que su nombre no estaba allí, en la hoja de papel que Milton Craig le tendía.

Sin embargo, un sudor frío, poco frecuente en él, empapaba el cuello de Garland.

—Muy bien, señor Craig. Me ocuparé de ello —dijo, poniéndose en pie y recogiendo su maletín.

—Espere, Garland. Quiero entregarle algún dinero a cuenta.

Craig le entregó un cheque por mil dólares.

—Para sus primeros gastos, señor Garland. Le llamaré por teléfono mañana, si no le importa. Le deseo suerte en su investigación.

Garland dobló el cheque, y se lo guardó en el bolsillo.

—Gracias, señor Craig. Puede contar conmigo.

Douglas le acompañó hasta la puerta.

Cuando caminó hasta el «BMW», Garland se sentía sumamente inquieto.

¿Sabía algo Craig acerca del asesinato de su tío, y estaba tendiéndole una trampa?

Rió, nervioso.

—Soy un estúpido —exclamó en voz alta—. Es imposible que sepa nada sobre mí. Debo tranquilizarme o cometeré errores peligrosos.

Encendió un cigarrillo, se libró de los guantes y esperó hasta que

sus nervios se sosegaron un tanto.

La entrevista con Craig había resultado sorprendente y tensa. ¡Dichoso Craig, que tan a fondo conocía a su tío, como para tener la seguridad de que había sido asesinado!

Desde luego, Milton Craig suponía un peligro cierto para Garland. Eliminarlo, matarlo, se imponía. Cuanto antes, desde luego.

Su mano tembló al llevarse el cigarrillo a los labios.

Rió destempladamente.

¿Dónde estaba el asesino frío, sereno y cerebral? Habían bastado unas cuantas frases de Milton Craig para derribar la confianza que Garland tenía en sí mismo.

Pensó en McDougall. El comisario había dado a Craig su nombre y dirección. Claro que el comisario ignoraba que Phil Garland habría sido devorado ya por los peces en las simas más profundas del Atlántico.

Pero para todos, él era Phil Garland. El cabello teñido, la voz forzada, el parecido físico...

Garland introdujo su mano en el bolsillo lateral de su chaqueta veraniega, y sacó, la lista que Craig le había, entregado.

Leyó los nombres, y rompió en una carcajada. ¡Cuántas coincidencias!

Al final, todo iba a redundar en su beneficio. Garland se iba a convertir en un hombre de oro. Todos le entregaban cuantiosas cantidades de dinero, todos parecían empeñados en enriquecerle.

—Tendré que pedirle más dinero —decidió Garland, pensando en el caballero que se había reunido con él la noche pasada en la avenida del parque.

No debía precipitarse. No había pruebas contra Garland. Ninguna.

Al hombre que le pagaba por asesinar a Milton Craig, podría exponerle mil disculpas. La muerte de Craig podría posponerse fácilmente.

Porque ahora, Garland comenzaba a imaginar cosas. Por ejemplo, que él podía percibir un buen bocado de la herencia del millonario John Alexander Craig.

El hombre que le había ordenado matar al millonario, no podía heredarle. ¿Por qué, entonces, tanto interés en eliminar a J.

A. Craig?

Algo importante, decisivo^ había por medio. Garland estaba cada vez más seguro.

El cigarrillo quemó los dedos de Garland. Lo soltó con un bufido, y pisó la colilla sobre la moqueta que alfombraba el piso del vehículo.

Inmediatamente, introdujo la llave de contacto en el panel, arrancó y aceleró.

Douglas se separó de la ventana protegida por una persiana, y volvió junto a Milton Craig.

—Señor...

Milton le miró, jovial.

—Me cansa que me llames *señor* a cada momento, Douglas. ¿No podrías llamarme, Milton? —rió.

Douglas se atragantó.

—Jamás, señor. Lo siento... no puedo.

—Bien. Llámame cómo diablos se te antoje. Pero creo que ibas a decirme algo. Dilo.

—Es cierto, señor. Es acerca de ese hombre llamado Garland. Extraño sujeto, señor.

—¿Por qué?

—Discúlpeme, señor. Pero he estado observándole a través de la persiana. Vi que movía los labios dentro del coche. Hablaba solo. Y hacía unos extraños gestos...

Yo diría que ese hombre es un psicópata.

Milton rió de buena gana. Pero, de pronto, se quedó serio.

—Oye, oye —exclamó, señalando a Douglas con un brazo extendido—. Quizá no sea tan exagerado lo que acabas de decir. Se comportó de una forma rara, rígida... Y además...

—Llevaba guantes. Y es extraño... en este tiempo, señor. Unos guantes para conducir hubieran estado justificados, pero guantes finos, de cabritilla, en un día tan caluroso como el de hoy...

—Eso iba a decir —le interrumpió Milton—. Es extraño, muy extraño. Y su...

—Su maletín —le cortó, en compensación, el mayordomo—. Jamás he visto a un detective con un maletín.

Milton le miró con admiración.

—Eres muy observador, Douglas. No harías mal detective.

Douglas carraspeó.

—Bueno, señor. En realidad, puede decirse que soy un aficionado. Usted debió adivinarlo anoche.

—No me arrepiento de haberte traído conmigo, Douglas. Nos ocuparemos de Garland. Le vigilaremos. Y será bueno obrar por nuestros propios medios. ¿Estás decidido a ayudarme?

—De todo corazón, señor. Míster Craig fue un hombre justo para mí. Cuente conmigo. ¿Qué piensa hacer?

Milton se levantó de su sillón.

—Tío John murió en la biblioteca del Golden Club. Pues bien: iré a echar una ojeada a aquel lugar. En cuanto a ti, Douglas, ten los ojos bien abiertos. Volveré para la hora del funeral.

—Cúidese, señor —recomendó el mayordomo.

—Lo haré. Tengo mi pistola. Una «Zelper», calibre 22, de tiro olímpico. No creo que sea necesario utilizarla, pero si llega el caso...

Dio dos palmadas sobre las anchas espaldas de Douglas, recogió las llaves del «Aston Alartin» que aguardaba en el garaje, y salió.

Su afición a conducir le impulsaba a pisar a fondo el acelerador del maravilloso «Aston Martin» color cobre. Pero se reprimió, con un esfuerzo.

No habría inconveniente en penetrar en el riguroso Golden Club. Dos años atrás, su tío se había empeñado en hacerle socio de número.

El portero le exigió el carnet de socio.

—No lo llevo encima. Pero llame a míster Booth, el conserje. El me recordará, seguramente —replicó Milton.

Booth apareció en el vestíbulo, un momento después. Era gordo y gesticulante, y reconoció inmediatamente a Milton Craig.

—¡Señor Craig! ¿Puede imaginarse cuánto lo siento? Reciba mis más respetuosas condolencias, señor. Su tío...

Milton fue derecho al grano:

—Gracias, Booth. Una fuerza extraña me ha traído hasta aquí. No sé... me gustaría entrar en la biblioteca, permanecer allí unos minutos. Quizá, de esa forma, pueda encontrarme por un momento con el espíritu de mi tío.

Booth le miró como si estuviese ante un alucinado.

—Por... por supuesto, señor Craig. Yo mismo le acompañaré.

Espere un momento: voy por la llave.

Luego, Booth le llevó, por el ancho pasillo del ala Este, hacia la biblioteca.

Bajo los tacones de sus zapatos, Milton oyó rechinar algo. Se inclinó y tomó la partícula de vidrio.

—Son fragmentos de cristal —dijo, mirando a Booth.

El conserje enrojeció como si se hubiesen acordado, con mala intención, de sus antepasados.

—¡Ese Johnson! —exclamó, iracundo—. Le ordené que recogiera uno por uno los fragmentos de vidrio. Algún día...

—¿Quién es Johnson? —preguntó Milton, simulando desinterés.

—¿Johnson? —Booth había bajado la voz—. Se lo diré, señor: un maldito holgazán, al que mantengo aquí en memoria de su padre, que fue un hombre honrado y trabajador. Pero Mike... es un borracho, un alcohólico, un vago... Cualquiera día se terminará mi paciencia, y le despediré. Perdóneme, señor. Creo que me he excitado demasiado.

Milton hizo un vago gesto con la mano.

—Supongo que se rompió alguno de los cristales de las ventanas... —insinuó, cuando Booth se había detenido, ya ante la tallada puerta de la biblioteca.

—Así es, señor. Lo rompió Johnson, para decir la verdad. Estaba revisando la instalación eléctrica, y se le cayó una herramienta. ¡Es un verdadero manazas! No sé cómo...

Milton miró las ventanas, de reojo. ¿Cómo era posibles que, desde lo alto, donde estaban situados los registros eléctricos, se pudiera romper un cristal con una herramienta?

Booth había abierto la puerta, y le invitaba a pasar.

Con un gesto dramático, señaló el sillón junto a la ventana.

—Míster Craig... estaba ahí cuando descerrajamos la puerta, señor. La pistola...

Milton no le hizo mucho caso. Se había acercado al más próximo estante, y contemplaba, curioso. Los gruesos tomos encuadernados en piel.

Luego se volvió hacia el conserje:

—Booth, ¿está seguro de que nadie penetró en esta habitación antes... antes de que encontraran a mi tío, muerto? —preguntó, mirándole fijamente.

—Nadie, señor —respondió el conserje, ofendido—. Así lo afirmé ante la policía. Mister Craig me pidió la llave, y fue a la biblioteca. Es decir, vino aquí...

—Según el forense, la muerte debió ocurrir hacia las once y cuarto u once y media. ¿No escuchó ningún disparo, Booth?

—No. Y sin embargo... ¡me encontraba a poca distancia de aquí! Exactamente en el despacho de administración, a unos diez metros. Claro que en la biblioteca, un disparo, sería difícil de oír. Los muros están aislados por las estanterías repletas de libros. A pesar de ello, ahora que lo dice, es extraño que yo no oyese la detonación.

—Dígame, Booth —exclamó, de improviso, Milton—. ¿Se encuentra aquí Mike Johnson en estos momentos?

El conserje pareció interesado.

—Sí. Está reparando el circuito de agua caliente de calefacción, en el sótano. ¿Quiere verlo?

Milton denegó con la cabeza.

—Oh, no. Sentía curiosidad hacia él, pero de ninguna forma quiero distraerle en su trabajo. Gracias por todo, Booth. Ha sido usted muy amable —dijo.

Se despidió y pasó ante el portero, saliendo al jardín. Desde allí, calculó la ubicación aproximada de la ventana en la que Johnson había cambiado un cristal el día anterior.

Sus ojos vagaron desde aquella ventana, a través del jardín, hasta el callejón que limitaba el Golden Club por su parte Este.

Anduvo despacio hasta la calle, y volvió a su automóvil.

Aguardó durante más de una hora. A la una, un hombre de unos cuarenta años, de cabellos mal peinados, que vestía una cazadora de piel muy sobada y unos pantalones tejanos gastados, abandonó el Golden Club por la salida de servicio.

El hombre arrastraba una pierna, que debía estar rígida, y caminaba con la cabeza metida entre los hombros.

Milton lo llamó:

—¡Eh, señor Johnson!

El hombre miró hacia el carísimo «Aston Martin», y se volvió, desconcertado.

Luego se aproximó al coche, y preguntó:

—¿Es a mí?

—¿Es usted Johnson?

—Sí.

—Suba, por favor. Quisiera hablar con usted durante unos minutos. Vamos, suba. Nos detendremos en el bar más próximo, y charlaremos mientras tomamos un trago, ¿le parece bien?

—Como quiera, señor. ¿Quién es usted?

—Milton Brown —mintió el joven, sin perder la serenidad.

Arrancó y condujo hasta Milwood Park, donde había docenas de kioscos que expendían cerveza y licores.

Bajaron, y se aproximaron a uno de aquellos negocios.

Milton pidió cerveza para dos, pero Johnson se apresuró a encargar *whisky*, en cuanto hubo terminado su cerveza.

—Supongo que necesita algo de mí... cuando me invita —dijo Johnson, con descaro.

—Unas simples preguntas. Relacionadas con su trabajo en el Golden Club.

A Johnson se le animaron sus pálidas facciones.

—Diga, entonces.

—Verá, le he mentido antes. Mi verdadero apellido es Craig. Míster John Alexander Craig era mi tío. Johnson, sé que cambió anteayer un cristal de una de las ventanas próximas a la biblioteca. Quizá usted se encontraba en el pasillo cuando murió mi tío. Dígame, por favor, ¿vio penetrar a alguien más en la biblioteca?

Milton se encontraba en un estado de ánimo ardiente y apasionado. Sin embargo, no le pasó por alto la rigidez de las facciones de Johnson, ni su inconsciente paso atrás.

—No... vi nada, no vi a nadie. La policía dijo que el señor Craig se suicidó, ¿no? Yo ni salgo ni entro. Se rompió un cristal, y puse otro nuevo. Eso es todo. Y ahora, déjeme.

Johnson apuró su *whisky*, y le dio la espalda.

Frenéticamente, Milton corrió tras él y le aferró por un hombro. Johnson era escuálido y débil, pero se revolvió brutalmente.

—Diga la verdad, Johnson: el cristal no se rompió accidentalmente. Lo rompió alguien para penetrar en el Golden Club. Y usted le está ocultando y protegiendo... a cambio de dinero, con toda seguridad. ¿Es dinero lo que quiere? Le daré mil, dos mil dólares... ¡Lo que quiera! A cambio de su testimonio —habló Milton fogosamente.

El inválido se soltó con brusquedad.

—Está soñando, señor Craig. Escuche: lo que acaba de decirme podría ser tomado por un falso testimonio.

—Si vuelve a molestarme, llamaré a la policía. Ahora, déjeme —gruñó.

Johnson se separó de Craig, arrastrando su pierna rígida. Por un momento, Milton dudó entre seguirle o dejarle. Finalmente, optó por dejarle marchar.

Milton no sabía entonces que entre una u otra decisión estaba la vida o la muerte de aquel pobre hombre.

Fuera de Milwood Park, Johnson aceleró su marcha, a pesar de su pierna rígida, y se detuvo en la próxima parada de autobús.

Sus ojos de color azul desvaído relucían.

Johnson no era torpe. Johnson era desconfiado y astuto como un zorro. Tenía ahora en su mano todo lo que quisiera exigir. Por un momento, había estado a punto de aceptar los mil o dos mil dólares.

Pero Johnson era egoísta. Pobre, desgraciado y egoísta. Si Craig le podía dar dos mil, ¿no sacaría más presionando al hombre que le había pagado una miseria, a cambio de información y complicidad?

El, Johnson, había estado espiando a Garland. Le había visto llegar, estacionar el lujoso deportivo en el callejón, saltar la verja, arrastrarse a través del jardín, escalar la ventana, romper el cristal. Si Johnson había roto, poco después, el cristal al que Garland había abierto un círculo de diez centímetros, no era por simple simpatía hacia el hombre que le había pagado unos dólares a cambio de un rústico croquis del edificio.

El autobús le llevó, a través del puente de Charlestown, a City Square.

Johnson, a pesar del calor, y también del sudor que empapaba sus ropas, se apresuró en dirección norte, a lo largo de Winthrop Street, hasta alcanzar la zona residencial.

CAPÍTULO VIII

Dolly se aproximó a Garland, y le acarició el cuello con las yemas de sus dedos.

La hembra, ansiosa, apenas podía disimular su deseo ante el hombre semidesnudo que comía sobre la mesa de la cocina.

Pero Garland estaba distraído, poco propicio para un rato de amor violento y vibrante.

Dolly se sintió despechada. ¿No era ella suficientemente buena y apetecible para un hombre como Garland...?

Sonó el timbre.

Garland se irguió y quedó rígido.

—Ve a ver quién es —dijo él, después, atento.

Dolly se alejó, cimbreada.

Estaba muy atractiva, con el *minishort* y la camisa transparente, que dejaba ver todo lo que Garland quisiera ver.

Pero el hombre pensaba. Y cuando se dedicaba a pensar, no distraía sus sentidos con la mera contemplación sensual.

Sonó el chasquido de la puerta y una voz conocida, gangosa y arrastrada.

Garland enarcó una ceja. Luego se alzó de la silla y anduvo pasillo adelante. Hasta el dormitorio, donde estaba su maletín. Lo abrió y sacó la pistola.

Sonaron los pasos de Dolly. Sus chanclas apenas rozaban el suelo.

La vio pasar hacia la cocina y la detuvo con un tirón brusco, al tiempo que ocultaba su mano armada tras la puerta.

Dolly dio un gritito de susto, sorprendida.

—¿Quién es? —preguntó Garland, tenso.

Dolly se sintió asustada, al contemplar aquellas facciones

atirantadas. El rostro de Garland se había transfigurado en un rictus horrible.

—Un... un hombre llamado Johnson. Quiere... hablar contigo —murmuró.

—Johnson —bramó Garland con rabia.

Sus músculos faciales se relajaron.

—Escucha, Dolly: ve por cerveza a la tienda. Aún es tiempo —pidió.

Ella le miró, asombrada.

—Pero, Phil... El frigorífico está lleno de botellas...

—No me gusta esa marca —respondió rápidamente Garland, impaciente—. Trae algunas botellas de McGuinness. Es la que me gusta. Vamos, ponte algo decente encima y ve por la cerveza. Yo hablaré entre tanto con Johnson. Es un amigo, ¿sabes? —dijo, forzando una sonrisa—. Un latoso. Me lo quitaré de encima antes de que hayas vuelto.

—Bien —respondió Dolly, perpleja. Retrocedió y entró en el lavabo.

Salió un momento después, contoneándose, como siempre.

Al abrir la puerta, Johnson se precipitó hacia dentro. Tan bruscamente, que estuvo a punto de derribar a Dolly.

—Ah, Johnson —dijo Garland, con voz amistosa—. Pase, pase. Adelante.

La puerta se cerró. Dolly miraba atrás a cada momento, desconcertada.

Dentro de la casa, Garland empujó hacia dentro al inválido.

—Pasemos a la cocina —propuso Garland, del mejor humor, al parecer—. El frigorífico está lleno de cerveza. También hay un par de botellas de *whisky*. E incluso ginebra.

Johnson arrastró su pierna rígida a lo largo del pasillo. Sus ojos, inquisitivos, parecían valorar todo lo que encontraba a su paso dentro de la casa.

Garland le señaló un asiento. Johnson se sentó.

La pistola de Garland había quedado en la alcoba, dentro del maletín.

No la necesitaba con Johnson. Al fin y al cabo, ¿qué podía temer de un pobre inválido?

Se oía el zumbido del ventilador. Garland abrió el gran

frigorífico y mostró su generoso contenido a Johnson, que se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—¿Cerveza?

—Sí. Tengo sed. Una botella grande —pidió el inválido.

Garland abrió dos botellas y ofreció una a Johnson. Luego alcanzó el paquete de cigarrillos y se lo alargó, igualmente.

Bebieron y fumaron en silencio. En el rostro de Garland no se reflejaba la intensa conmoción interior que estaba experimentando.

—Es curioso, Johnson —dijo luego, sin separar sus ojos de la botella de cerveza—. Nunca creí que tuviera valor suficiente para seguirme. Porque me siguió anteayer, ¿no es cierto?

Johnson rió, socarrón.

—Verá, señor: creí que podría ganar algunos dólares... honestamente, se entiende. Cambié un cristal en el Golden. Se había roto de una forma muy extraña: tenía un agujero circular, como si lo hubieran cortado con un diamante. Yo lo cambié enseguida, porque imaginé que de esa forma le protegía, señor. ¿Hice mal?

Garland movió la botella en círculo.

—No; oh, no. Hizo muy bien. Se me escapó el detalle. Naturalmente, le daré algún dinero, Johnson. Voy a darle trescientos dólares —dijo.

Johnson, escupió soezmente en el suelo.

—¿Trescientos? Apenas hace media hora que un hombre llamado Craig me ofreció dos mil. Y no los acepté. Quería saber... saber cosas, ¿comprende? Pero yo soy leal. Pensé que usted me recompensaría... generosamente.

Johnson había estrechado sus ojos y miraba con ironía a Garland. Sabía que lo tenía bien cogido, que su presa tendría que ceder.

—Admirable —le alabó Garland, hurtando su mirada—. Admirable, amigo Johnson. ¿En qué cifra ha pensado?

—¿Quizá diez mil? —respondió el inválido, mirándole con expresión valorativa. ¿Se había excedido quizá?

Garland prorrumpió en una carcajada histérica. Rió y rió largamente. Y de pronto, sus carcajadas estridentes cesaron y sus ojos miraron en línea recta a Johnson.

—Estúpido —murmuró con lentitud—. Jamás he pagado diez mil dólares por cosa alguna. A mí me pagan. Cantidades muy altas,

sí. Pero yo... yo nunca pago con dinero, Johnson... ¡jamás!

Johnson se replegó sobre sí mismo. Se sentía espantado. La mirada extraviada de Garland le daba miedo. Pensó que había sido temerario, estúpido, confiado...

Quiso levantarse de un respingo.

Garland le golpeó con la pesada botella de cerveza y le rompió el tobillo de su pierna hábil.

Johnson cayó al suelo con estrépito.

Entonces Garland se dejó caer sobre él y le impidió todo movimiento.

Antes de que Johnson pudiera reaccionar, el asesino había terminado su extraño movimiento alrededor de la cintura del inválido.

Johnson empezó a comprender cuando su estrecho cinturón de fibra de nylon rodeó su cuello con la fuerza de los anillos de una pitón.

Jadeó, luchó con todas sus fuerzas, bramó... hasta que sus pulmones, vacíos de oxígeno, parecieron a punto de estallar.

Su rostro se había hinchado y sus ojos se salían de las órbitas, cuando Garland, sádicamente, aflojó un poco el dogal.

Muy poco, lo suficiente para permitirle una inspiración.

—Debiste comprenderlo, Johnson. Garland no paga jamás —gruñó el asesino.

—¡Porggg piedadggg! —jadeó el inválido.

Pero Garland apretó y apretó hasta que su rostro se bañó en sudor.

Cuando aflojó el cinturón, Garland se sintió tan débil como un niño. Johnson estaba muerto.

Sin perder un segundo, Phil corrió hacia la alcoba y se vistió. Salió de la casa, sacó el coche del garaje y lo llevó hasta la parte trasera.

Los neumáticos aplastaron los macizos de flores, pero tal circunstancia no importaba demasiado a Garland. Tenía en cuenta, sin embargo, que la puerta de la cocina daba detrás, sobre el muro de hormigón que le ocultaba de miradas indiscretas.

Empujó la puerta de la cocina, cogió el cadáver de Johnson por los pies y le arrastró afuera.

Con la mayor desfachatez del mundo le dejó sobre el asiento

delantero del «BMW», a la derecha del puesto del conductor, y volvió por el viejo sombrero de Johnson.

Un momento después, volvía a la calle.

A doscientos metros de allí, en la esquina del supermercado Garret, vio a Dolly, que volvía con una gran bolsa de papel irrompible.

Frenó junto a ella, da llamó y gritó:

—¡Volveré dentro de unos minutos! Voy a llevar al amigo Johnson a su casa. Creo que ha bebido demasiado para un día tan caluroso. Daté prisa, Dolly. Estaré en casa dentro de diez minutos.

Dolly alzó la mano, indecisa, y vio alejarse el coche.

A las dos y diez, Garland volvió, en efecto.

Sus facciones estaban relajadas. Incluso se insinuaba en ellas una sonrisa de satisfacción íntima.

Dolly se acercó tímidamente y le abrazó. Garland aceptó la caricia de buen grado.

Luego tomó la botella de cerveza en la izquierda y a Dolly por la cintura con la mano derecha y se la llevó, a la alcoba.

A las cuatro y media, en el sopor de la siesta, Garland se alzó del lecho salió de la habitación y entró en el lavabo. Inmediatamente, Dolly escuchó el rumor de la ducha.

Cinco minutos después, fresco y limpio, Garland se vestía uno de sus más elegantes trajes veraniegos.

Ella no dijo nada. Sabía cuándo debía callar.

—Tengo que hacer —dijo Garland, como de costumbre. Y salió.

Un momento después, sonó el suave petardeo del automóvil.

* * *

No fue un acontecimiento.

Milton Craig mantuvo durante toda la ceremonia fúnebre una actitud normal, sin permitir que sus lágrimas rodasen por sus mejillas bronceadas.

Había poca gente. Algunos ejecutivos de las empresas Craig, los viejos amigos del Golden Club, como el coronel Brunning O el general Sharpey..., los representantes de la funeraria y los familiares.

O lo que es lo mismo, Bill Joyce y Sandra, su hermana. Dos

gruesas figuras vestidas de negro, sudorosas y gimoteantes.

Sandra sollozaba sin parar cuando el féretro que contenía los restos mortales de John Alexander Craig fue descendido hasta la sepultura de la cripta que el millonario había construido en el cementerio de la Park Church.

En verdad, era un mausoleo digno de un magnate. Pero a Milton Craig le estaban fastidiando enormemente los hipidos de Sandra y procuró acercarse discretamente a ella.

Cuando el reverendo Patrick O. Wesley entonaba la fórmula de difuntos, Milton se aproximó a Sandra y le dijo al oído, cuando más agudos eran los sollozos de la hermana de Bill:

—Cálmate, querida prima. Estoy seguro de que vas a agarrar una pizca de la fortuna del «viejo».

El llanto de Sandra cesó en aquel mismo instante. Sus cejas se enarcaron y su boca se abrió en forma de «O» mayúscula.

—¿Estás seguro? —preguntó con ansiedad.

Milton la miró fríamente y Sandra, despechada, volvió a su berrinche.

Luego, todos salieron de la cripta y ganaron la tarde luminosa, llena de sol y de bochorno.

Douglas, que había acompañado durante todo el acto a su joven señor, le tocó levemente en el brazo y le hizo ver la hermosísima corona de flores que campeaba en lo alto del mausoleo.

—Hermoso gesto —dijo el mayordomo, en un susurro—. Es la única corona en el funeral.

Milton miró a los asistentes, que se alejaban ya hacia la salida del cementerio.

Vio a su primo Bill Joyce, pesado y cadencioso como un gran ganso real, al lado de Sandra, a la que prodigaba todas sus ternuras aquel hombre de prestancia cinematográfica llamado Ronald Warner, que había sido el brazo derecho de John Alexander Craig, en sus negocios.

Algo ocurrió en aquel instante. Quizá los consuelos de Warner para con *miss* Sandra Joyce fueron demasiado íntimos. O quizá Bill, con el disgusto de la desaparición del testamento, perdió sus nervios.

El caso concreto es que el gordísimo Bill, apartó de un manotazo a Warner y vociferó:

—¡Váyase, Warner! ¡No es éste el momento más apropiado para rondar a mi hermana! ¿O es que no lo comprende?

Milton hubiera reído con ganas, de no encontrarse en el funeral de su tío.

Warner, por su parte, inclinó ceremoniosamente la cabeza, y se alejó en actitud correcta.

Milton sintió lástima hacia Bill. Y también por Sandra.

Amorfos, maduros, groseros, holgazanes, ridículos, solitarios...

Douglas volvió a tocarle en el hombro.

—Creo que debiera leer la cinta de esa corona, señor —insinuó.

Milton dejó de mirar a sus primos y se volvió hacia el mausoleo.

Douglas le miraba sin expresión cuando logró alcanzar la cinta y leyó:

«Con las respetuosas condolencias de Phil Garland».

—¡Garland! —exclamó Milton—. ¿Qué habrá sido de él? Parece un hombre muy cumplidor... a juzgar por esta corona. Quizá hayamos pensado mal de él, Douglas. ¿Tú qué crees?

El mayordomo plegó los labios en un gesto de duda. Luego Milton se unió a él. Lentamente alcanzaron la salida del camposanto y la zona de aparcamiento.

En el coche, Milton se volvió a Douglas y susurró:

—Tal vez no sea muy respetuoso emprender una investigación la tarde de un funeral, Douglas, pero...

—... Nuestro sentido del deber se impone —terminó, hierático, el mayordomo. Y de repente, exclamó, cómicamente espantado—. ¡Atiza, la «pasma»!

Un hombre que vestía un traje oscuro —horriblemente incómodo para un día tan caluroso— se acercaba al «Aston Martin» en derechura.

Era de estatura más bien baja, ancho de hombros, fornido, con una poderosa cabeza cuadrada. Sus mejillas estaban cubiertas de sudor.

—¡Ah, señor Craig!, ¿nos han presentado alguna vez? Soy el teniente detective Anthony Frock, de Homicidios. Y no puede figurarse cuánto me ha costado llegar al puesto que ahora tengo. Yo... —Fruncidos los labios, erguido el mentón, Douglas acababa de

pronunciar con voz hueca la larga parrafada.

Pero su asombro fue en aumento cuando el hombre fornido del traje oscuro, se inclinó y metió la cabeza por la ventanilla y dijo con idéntico tono de voz al que Douglas acababa de fingir:

—¡Ah; el señor Milton Craig, sin duda! Supongo, que no hemos sido presentados, señor, pero en fin, soy el teniente detective Anthony Frock, de Homicidios. Y, créame, con este calor, bien puede decirse que me he ganado mi puesto a pulso...

Los asombrados oídos de Milton fueron del teniente a Douglas y de Douglas al teniente.

—Soy Craig, teniente. ¿En qué puedo servirle? —dijo, al fin, riendo para sus adentros.

Frock se enjugó el sudor con un pañuelo, suspiró, murmuró algo entre dientes y volvió a mirar al joven Craig.

—Particularmente, le agradecería mucho que me acompañase, señor Craig. En una cantera de Quinnberry acaban de encontrar a un hombre despedazado. Por fortuna, su rostro es reconocible. Se llamaba Michael Johnson, y prestaba sus servicios como calefactor-electricista en el Golden Club...

Milton tragó saliva.

A su lado, Douglas comenzó a silbar *La Marcha de los Diez Mil condenados*. Y desafinaba, por desgracia.

Milton miró al policía.

—Teniente Frock —trataba de hacer sonar su voz con el tono normal, sin vacilaciones—, ignoro en qué puedo ayudarle yo. Dígamelo.

Frock se aflojó el nudo de la corbata. Olía a sudor. Pero a sudor saludable y limpio, varonil.

—Ya le dije antes que puede decirse que bien me he ganado mi puesto de teniente detective, señor —dijo Frock con embarazo—. Se lo explicaré: poco antes de descubrir el cadáver despedazado de Johnson, recibimos una llamada anónima. Era un hombre: dijo que no quería comprometerse, pero que le había visto a usted hablando en actitud violenta con Johnson. Después... Bien, hemos interrogado a Booth, conserje del Golden Club. Ha confesado que usted se interesó por Johnson. Otras personas vieron cómo usted le invitaba a subir a su coche. Un «Aston Martin» como éste. El dueño de un quiosco de Milwood Park le ha descrito a usted muy bien,

señor Craig: alto, esbelto, cabellos largos, rostro bronceado, ojos grises, chispeantes... ¿no es usted así, señor Craig? —terminó el policía.

Milton suspiró hondamente.

—Me temo que sí, teniente. ¿Qué va a hacer? —preguntó, confuso.

Douglas, a su lado, entreabrió los brazos en dramático gesto.

—Verá, señor Craig —dijo, imitando la bronca voz del teniente Frock—: mucho me temo que tendrá que acompañarme a la comisaría.

—¡Cállese! —rugió Frock, escamado—. Señor Craig, mucho me temo que... En fin, tiene que acompañarme.

Miró a Douglas, qué reía silenciosamente y gruñó:

—Y usted también, Beck.

Douglas calló como un muerto.

—Bajemos entonces —dijo Milton, con decisión—. Naturalmente, tendrá usted su coche cerca, teniente.

—Pues... no —confesó Frock—. El caso es que he utilizado el autobús para venir aquí.

Douglas rió con risa conejil, lo que obligó a enrojecer al policía.

—En ese caso, suba, teniente —insinuó Milton—. Teniendo en cuenta que soy un detenido, lo mejor será que conduzca usted.

Frock pareció muy embarazado.

—Bueno... El caso... En fin, este coche es muy complicado. Le permitiré que conduzca usted, señor Craig. Pero vaya despacio. Me da vértigo la velocidad.

Douglas volvió a reír burlonamente.

Un momento después, Milton abandonaba la zona de aparcamiento y salía a la calle.

Frenó, miró adelante y atrás por el espejo y se detuvo cuando se disponía a embargar.

—¡Garland! —exclamó, volviéndose hacia atrás para mirar—. ¡Es Phil Garland!

Douglas y el teniente Frock se volvieron también de un respingo.

El hombre de los cabellos rubios, delgado y ágil, se mezcló entre los transeúntes, en aquel momento.

—¿Phil Garland, el detective? —exclamó Frock, sonriente. Y al ver que Milton asentía, denegó con la cabeza—. Oh, no, señor

Craig: se ha equivocado. No es Garland. No lo dude: yo conozco bien a Garland. No es él.

Milton y Douglas se miraron entre sí.

—No es Garland —murmuró Milton.

—No es Garland —respondió Douglas, en el mismo tono.

Milton arrancó a buena velocidad y ganó la parte derecha de la calzada.

CAPÍTULO IX

Milton se puso en pie con brusquedad cuando el comisario McDougall penetró en el despacho del teniente Frock.

—¡Al fin! —estalló el joven—. Escuche, comisario: todo esto es absurdo. Frock me ha detenido bajo sospechas de asesinato. Puedo demostrar con facilidad que yo no maté a Johnson: desde que me separé de él en Milwood Park, he permanecido en la compañía de varias personas. ¡Puedo probar ahora mismo mi coartada! Sin contar con Douglas, mi mayordomo, están el coronel Brunning, *miss* Raina Patterson, la señora Sharpey...

McDougall sonrió.

—Lo sé, lo sé. Sé que no mató a Johnson —aseguró.

—Entonces... ¿qué significa...? —Milton parecía muy excitado.

—Tranquilícese, Milton. Ordené a Frock que le trajese. Y Frock utilizó, quizá, el mejor medio para conseguirlo.

Milton miró a Frock, que ocupaba un rincón, con expresión venenosa. Pero el teniente parecía distraído, contemplando algo a través de la ventana.

—Sigo sin comprender nada. ¿Quiere explicármelo, comisario? —pidió Craig.

McDougall se sentó.

—Desde luego. He decidido mantenerle bajo protección policial. El atentado de que fue objeto en el aeropuerto Logan quizá fue un aviso. ¿Sabe que los hombres que intentaron matarle eran dos peligrosos asesinos venidos de Nueva York? El hecho de que murieran carbonizados dentro de la camioneta de televisión, fue un incidente desgraciado, puesto que nos impidió interrogarles y conocer el nombre de la persona que dio el orden de asesinarle a usted, Craig.

Milton, que se había sentado sobre una de las duras sillas del despacho de Frock, volvió a ponerse en pie con ímpetu.

—Escuche, comisario —dijo, gesticulando vivamente—: le agradezco de veras su interés. Pero no necesito protección de la noticia: sé cuidar de mí mismo. Por lo demás, tengo a Douglas. Y es un hombre muy efectivo. ¡No, no voy a aguantar la presencia de un agente tras de mí, a todas horas, en todas partes...!

Simulaba perfectamente. Interpretaba muy bien el papel del joven presuntuoso y seguro de sí mismo, rico y mimado por la fortuna.

Sin embargo, en su interior, Milton se sentía aterrado. Cuando el comisario McDougall se interesaba por él de forma tan rotunda, el peligro estaba próximo, sin duda.

Pero a Milton le interesaba sentirse libre de vigilancias. Porque tenía muchas cosas que hacer y la presencia de un policía representaría un estorbo.

McDougall se puso en pie.

—Lo siento, Craig, pero sé lo que debo hacer. El teniente Frock le servirá de escolta permanente. Tenga cuidado, se lo recomiendo: en cualquier momento puede sobrevenir un segundo atentado. Usted es joven, Craig, y va a heredar unos cuantos millones de dólares. Sería lamentable que, perdiese la vida ahora —pronunció con voz grave.

De pronto, Craig se apaciguó:

—Está bien. Quizá tenga razón, comisario. Aceptaré la protección que me brinda —accedió.

En el fondo, se sentía satisfecho. Porque... ¿qué dificultad podía existir en burlar a Frock?

Grueso, pesado, sudoroso y no muy inteligente, al parecer, Frock sería fácil de burlar.

Tras despedirse de McDougall, Milton y Douglas salieron a la calle.

En cuanto el «Aston Martin» se separó de la zona reservada a estacionamiento de coches policiales, un automóvil oscuro se puso en marcha y les siguió.

—Tenemos a Colombo a nuestra zaga —advirtió Douglas, con una risita burlona.

—Magnífico —exclamó Milton. Y aceleró a fondo.

El «Aston Martin» se separó velozmente del coche que le seguía. Llegaban ante la Old State House, cuando Milton se desvió a la derecha, ganó una callejuela próxima y frenó en seco.

—¡Abajo! —gritó a Douglas. Descendieron del coche y corrieron en sentido inverso.

El coche oscuro de Frock se detuvo ante la callejuela. El gesto de alivio del policía fue muy expresivo al distinguir la mancha color cobre del automóvil de Milton Craig.

Un taxi se detuvo en la esquina de Old State House y un caballero se apeó del vehículo:

Milton tomó al corpulento Douglas de un brazo y le empujó hacia el taxi.

Dejando un billete de diez dólares sobre el hombro derecho del taxista, dijo:

—Acelere a fondo y habrá ganado esos diez dólares de propina, amigo.

Diez minutos después se encontraban a suficiente distancia de Frock.

Entonces Milton se volvió hacia Douglas:

—Veamos, ¿cómo se llamaba la joven?

—¿La secretaria de míster Craig? Shirley Grant. Me he permitido hacer algunas averiguaciones, señor. Vive en Mount Vernon. Un grupo de viviendas para empleados —respondió el mayordomo.

—Siga hacia Mount Vernon —ordenó Milton al conductor.

A las siete y media descendían del taxi. Hacía calor, calor, calor.

Douglas, sin embargo, conservaba pulcro el cuello de su camisa y parecía fresco como una rosa.

—Aproximémonos —propuso cómicamente Douglas—. Debe ser al otro lado del estadio de los Giants.

Poco después, penetraban en un colosal bloque de viviendas baratas.

Ante el apartamento F de la planta séptima, Douglas oprimió el timbre.

Una mujer, joven y bella, entreabrió la puerta y les miró.

Douglas carraspeó discretamente, azorado, pues la joven apenas vestía un minipull y un *slip*. Siendo anchas y perfectas sus caderas, y sus senos de un volumen generoso, la figura ponía ardores en la circulación sanguínea de cualquier ejemplar humano del sexo

contrario.

—No voy a comprar ningún electrodoméstico —dijo Shirley, brusca. Y quiso cerrar la puerta.

No llegó a hacerlo, porque Douglas había apoyado prudentemente su mano derecha en el marco.

Naturalmente, exhaló un gemido cuando sus dedos quedaron atrapados entre el marco y la puerta.

Milton empujó enérgicamente y sonrió:

—No somos vendedores de electrodomésticos, señorita Grant. Me llamo Milton Craig. El hombre al que acaba de romper los dedos es Douglas Beck.

—A pesar de ello, señor Craig, yo... —Estaba diciendo Shirley, cuando el joven la apartó suavemente y entró en el apartamento.

—A pesar de todo, hablaré con usted, *miss* Grant. Y, créame, le interesa escucharme —dijo Milton, yendo en pos de ella hasta un pequeño salón bien amueblado.

Shirley Grant se abalanzó sobre la mesita que sostenía el aparato y lo descolgó.

—Voy a llamar a la policía. ¡Responderán ante los agentes, por allanamiento de morada! —gritó con los ojos llameantes de indignación.

Ya estaba marcado el número cuando escuchó la carcajada de Craig.

—Adelante; *miss* Grant. Llame a la policía. Puede, incluso, llamar al comisario McDougall. Su número es el 789 – 45 – 66. Será muy interesante.

El largo dedo de Shirley Grant quedó inmóvil.

—¿Qué quiere decir?

Milton abrió los brazos expresivamente.

—Que nos divertiremos, mucho cuando tenga que confesar ante el comisario que ha recibido diez mil dólares de un caballero llamado Hardy Bukmann.

Shirley parpadeó, nerviosa.

—¿Conoce a Bukmann?

—Ya lo creo. Habla con acento alemán y fuma cigarros cortos. El FBI le mantiene bajo vigilancia constante, porque *herr* Bukmann parece muy aficionado a un peligroso juego llamado... espionaje. Sí, sí... sé que es un hombre generoso y rico. Puede comprar

voluntades, e incluso ha escapado en varias ocasiones a la cárcel. Pero...

Shirley colgó el teléfono y se aproximó a Milton. Su actitud había cambiado en escasos segundos: de orgullosa, distante y fría, venía a ser sonriente, incitante y mansa.

—Hablemos, señor Craig, ¿no quiere sentarse? —invitó, señalando el diván—. Después de todo, a mí tampoco me gusta la policía. ¿De qué se trata?

Douglas, que había cerrado la puerta, y se acariciaba con mimo los magullados dedos, dejó escapar una risita y murmuró:

—En fin,

Mata-Hari

se pone en razón...

Shirley Grant le fulminó de una mirada. Pero inmediatamente dedicó su atención a Milton, que acababa de dejarse caer sobre el diván.

Ella se sentó también y cruzó las desnudas piernas. Milton la miró de reojo y se sintió enfermo.

Haciendo de tripas corazón y evitando mirarla directamente, dijo:

—Sólo quería hacerle unas preguntas, *miss* Grant. Douglas imagina que usted fingía, hace poco más de dos meses, cuando una mañana se sintió enferma, ¿va recordando? Mi tío, míster Craig, acababa de recibir la visita de Boris Kasan, el científico. Kasan habló con míster Craig de un asunto reservado, de suma importancia. Cuando Kasan se marchó, mi tío descubrió, alarmado, que su dictáfono estaba en comunicación con el suyo, *miss* Grant...

—Ignoro el motivo de esta conversación. Realmente...

—Déjeme seguir, por favor —rogó Milton—. Mi tío comprendió que la situación era grave. Si usted, si alguien había escuchado la conversación, el secreto de Kasan dejaba de serlo. Podría haber complicaciones, usted me entiende, ¿verdad? Pues bien, mi tío abandonó su despacho, ansioso por comprobar si usted había estado escuchando o no.

—Empiezo a recordar. Sí, sufrí un desmayo y me llevaron a los lavabos —confesó ella, segura de sí misma.

—Bien, usted no estaba en su mesa, eso es cierto. Pero escúcheme bien: si fuera verdad que no escuchó nada... ¿cómo

puede explicarse que Hardy Bukmann le regalase diez mil dólares? Viniendo de Bukmann, ese dinero supone una traición por su parte. Usted comprendió que el secreto que acababa de escuchar bien valía unos miles de dólares. Fingió un desmayo, después de cerrar el interfono, y se sintió segura.

Shirley se había puesto en pie de un salto. Parecía encolerizada y su silueta era magnífica, a contraluz.

—¿Cree que lo sabe todo, no es cierto? Pues se equivoca, señor Craig. Apenas sabe una pizca.

—Luego confiesa que escuchó la conversación entre Boris Kasan y mi tío. Escuche, *miss Grant*: hablemos seriamente. Estoy dispuesto a evitar cualquier acción judicial contra usted a cambio de una confesión completa —ofreció Milton, incorporándose del diván.

Las facciones de Shirley se animaron.

—¿Lo jura? —exclamó, con ansia—. Escúcheme, la verdad es que tengo miedo. Mucho más miedo de lo que puedo confesar. Créame, el dinero es una pobre compensación cuando se vive llena de angustias. Recibí dinero de Bukmann, es cierto, pero la persona a la que temo es...

Douglas advirtió en aquel momento que la cortina del fondo se movía. Y quiso advertir a Milton.

De improviso, se escuchó un zumbido vibrante, seguido de un sonido extraño y peculiar.

El alarido que escapó entre los labios de Shirley tenía una estridencia agónica.

Muy abiertos los ojos, envarado, inmóvil, Milton la vio abrir los brazos desesperadamente. El cuerpo de la mujer se le vino encima bruscamente y le derribó sobre la alfombra.

Douglas pasó junto a él a la carrera, en dirección a la terraza, donde las cortinas flameaban ya al viento.

Mientras pugnaba por librarse del cuerpo de Shirley, Milton notó que los pasos de Douglas cesaban.

Inmediatamente después sonó un golpe y la brusca caída de un cuerpo.

Fue a alzarse y notó que algo espeso y tibio caía sobre su rostro. Sangre.

Sangre que corría por el cuello de la mujer.

Demudado, sin capacidad para reaccionar, contempló, helado de

espanto, la sangre que manchaba sus manos, su rostro.

Luego se incorporó de un envite y se volvió hacia Shirley.

El extremo del arpón de acero sobresalía diez centímetros entre los cabellos rojos de la mujer.

Como un sonámbulo, Milton giró sobre sí mismo y avanzó algunos pasos hacia la terraza.

Algo se interpuso entre sus pies. Algo de consistencia blanda, sobre lo que terminó precipitándose: el cuerpo de Douglas Beck, caído tan largo como era sobre las jardineras en las que flameaban los gladiolos rojos, blancos, amarillos.

Entonces pudo escuchar claramente el rumor de unos tacones sobre los metálicos peldaños de la escalera de incendio.

Y se precipitó hacia el extremo de la terraza.

No podría explicarse cómo consiguió descender los siete tramos de escalera. Pero cuando llegó al *yard*, al estrecho callejón entre dos bloques de viviendas, pudo ver la silueta del hombre que corría hacia el muro de ladrillos.

Sus pulmones estaban a punto de reventar, pero cuando quiso pensarlo, corría ya alocadamente hacia el muro.

Apenas pudo alcanzar unos tobillos. Un fino zapato, tipo mocasín, quedó entre sus dedos.

Fue a subir y sus fuerzas le fallaron.

Del fondo del *yard* llegó un gemido, seguido de una sarta de palabrotas.

Volvió sobre sus pasos y vio a Douglas.

Había tropezado contra un descomunal cubo de basuras y estaba debatiéndose en el suelo, en mitad de la inmundicia.

—¿Qué... qué... quién... quién era? —murmuró, absolutamente desquiciado.

—No pude identificarlo. Un elegante caballero, a juzgar por este zapato —dijo Milton, mostrándolo—. Ha escapado —confesó, desfallecido.

—Bo... bonita situación —masculló Douglas, poniéndose en pie, mientras trataba de quitarse, a manotazos, las porquerías que manchaban su chaqueta negra, siempre limpiísima—. ¿Y... ella? ¿Está... está...?

—Muerta, desde luego. Su sangre rae ha manchado —murmuró Milton—. Una bonita situación, como acabas de decir, Douglas. Si

Frock me acusó por asesinato de mentirijillas, ¿qué haría ahora si me encontrara arriba, con un cadáver, y manchado de sangre?

—Pensaría que su empleo de teniente detective no está todo lo bien pagado que debiera —afirmó Douglas, con dignidad—. Si ha pensado escapar, señor, será mejor que se lo quite de la cabeza. Un desaguizado no se arregla con otro desaguizado. Y escapar ahora sería un tremendo error.

Milton respiró profundamente.

—Está bien, Sherlock —dijo burlonamente—. Subamos.

Subieron por la escalera de incendios. Despacio y mascullando entre dientes algunos insustanciales comentarios sobre el dramático incidente.

Apenas acababan de llegar arriba, cuando el timbre de la puerta zumbó insistente.

—Colombo —dijo Douglas. Y fue abrir.

Era Colombo. Es decir, el teniente Frock. Sudoroso, y jadeante, a pesar de que había utilizado el ascensor para llegar al apartamento F de la séptima planta.

Milton palideció al verlo. Supersticiosamente, cruzó pulgar e índice.

—¿Cómo... cómo ha conseguido llegar hasta aquí? —preguntó.

Frock empañó un pañuelo con su sudorosa frente.

—¿Cómo...? Señor Craig —empezó en tono sermoneante—, no es lícito gastar estas bromas a un hombre que, como yo, se gana la vida dificultosamente. En fin... pude tomar la matrícula del taxi y comuniqué por radio al coche-patrulla, que siempre está de servicio ante la Old State House. El resto...

Ya iba a dejarse caer sobre el diván, cuando sus tremendos zapatones chocaron con el cuerpo de Shirley Grant.

No palideció. Ni enrojeció. Sólo se quedó mirando el bello cuerpo caído sobre la alfombra.

En sus retinas quedaron reflejados los cabellos pegajosos de sangre, el extremo del arpón y las grandes manchas sobre la cara alfombra persa.

De la alfombra, los ojos de Frock se elevaron al rostro de Milton Craig, completamente manchado de sangre ya reseca.

Douglas carraspeó, avanzó unos pasos y se acercó a Frock por la espalda. Inmediatamente la chata nariz del teniente se arrugó.

—Teniente —dijo Douglas, tras aclararse la garganta por segunda vez—: cometerá un gran error si se fía de las apariencias. El señor Craig no ha matado a esta mujer.

Frock le apartó de su lado con un gesto y asintió:

—¿Me cree tan estúpido? —Gruñó—. Sé que él no la ha matado. ¿Y sabes por qué? Se lo diré: al señor Craig le gusta el tiro olímpico, con armas de fuego, pero... jamás ha utilizado fusiles o pistolas de aire comprimido. Esos arpones —señaló el acero que sobresalía sobre los cabellos de Shirley— se disparan con armas de aire comprimido o poderosos resortes de acero. Pero además...

—¿Sí? —exclamó, Milton, esperanzado.

—A los asesinos no les gusta bañarse en la sangre de sus víctimas, ¿comprende? Y usted está empapado. Veamos, ¿por qué no lo explican todo?

Milton y su mayordomo se acercaron, ansiosos.

Y hablaron.

Luego Frock tomó el teléfono e hizo una llamada.

En poco más de quince minutos el apartamento se llenó de gente. Policías de uniforme, fotógrafos, expertos en dactiloscopia, el ayudante del fiscal del distrito, los vecinos...

Finalmente, Frock apartó a Milton Craig del bullicio y se lo llevó a un rincón.

—Voy a dejarle en libertad, señor Craig. Pero a partir de ahora, nada de bromas. ¿Comprendido?

—Comprendido —respondió, humildemente, el joven.

Pero cuando él y Douglas abandonaron la casa, una sonrisa chispeante animaba sus ojos.

CAPÍTULO X

No pasaba ningún taxi. Eran las nueve. La hora de la entrada a los teatros, a los cines, a los clubs...

Douglas había mirado varias veces, con gran insistencia, hacia los cristales del negocio cercano donde en letras se anunciaba: «COCKTAILS».

—Señor, sería más fácil llamar por teléfono a la compañía de taxis —insinuó, tras cierta vacilación.

Milton sonrió.

—Está bien. También yo necesito un trago... si es eso lo que quieres decirme, Douglas.

—¡Por Dios, señor! —exclamó Douglas, haciendo grandes aspavientos.

—En fin, busquemos nuestro taxi —decidió Milton, penetrando en el bar.

Douglas pidió el taxi por teléfono y se acercó a su señor.

—¿Cuba Libre, Manhattan, Daiquiri...? —preguntó el joven.

—*Whisky* sin agua, señor. Soy un asceta —confesó Douglas, hermético.

—Ya —respondió Milton, escéptico. Y pidió dos *whiskys* dobles.

Estaba tomándolo, cuando Douglas le tocó discretamente en el hombro.

—Señor, sé que no es el momento más apropiado para avisarle, pero hay una bella jovencita que le está observando con gran interés desde que regresé del teléfono. No la vi antes. Probablemente entró aquí después que nosotros.

Milton se volvió despacio y vio a la jovencita.

Era portentosa.

Fina, esbelta, morena, ojos negros, rostro exótico, de pómulos

salientes. Vestía un gracioso conjunto falda pantalón azul que contrastaba atractivamente con su rostro color bronce.

—¿Estás seguro de que me observa? —preguntó Milton, tras el largo y concienzudo examen.

—Ejem... Bien, me gustaría decir que me miraba a mí, señor. Pero conozco mis posibilidades y mis limitaciones. Es a usted a quien ha estado mirando con insistencia.

Milton terminó su *whisky* y miró de nuevo a la joven.

—Preciosa —apreció—. Pero ahora tenemos que volver a Old State House para recoger el coche.

El taxi estaba en la puerta cuando salieron. Milton ordenó al conductor que les llevara a Old State House. Y en cuanto hubieron recobrado el «Aston Martin», Milton propuso:

—Volvamos a casa. El ejercicio me ha abierto el apetito. Además... necesito poner en orden mis ideas. Shirley Grant nos hubiera servido de gran ayuda, pero lamentablemente está muerta. Lástima de mujer... era bellísima.

Douglas no dijo nada. Parecía distraído. Rodando ya hacia Charington Village, Milton le tocó en el brazo.

—¡Douglas! ¿Te ocurre algo? ¡Tu rostro está enrojecido! ¡Sudas a mares! —exclamó el joven.

—Estoy pensando, señor —confesó el mayordomo—. Hemos estado a un paso de la solución. Recuerde, recuerde... ¿Qué estaba diciendo Shirley Grant cuando murió? ¡Iba a revelar el nombre de la persona a la que más temía! Y seguramente aquella persona estaba oculta detrás de la cortina desde que entramos... El aire olía a humo de cigarrillos...

—Un gran descubrimiento —se burló Milton—. Shirley estaba fumando cuando llegamos. Y también yo mismo encendí un cigarrillo.

—Sí, pero antes de que entrásemos había dos cigarrillos sobre el cenicero. Pero no es eso lo que me preocupa. ¡Era el olor de los cigarrillos! Yo diría que fumaban Talbot, marca de cigarrillos canadienses.

—Buen olfato. Pero ¿qué significa ese detalle?

—No quisiera equivocarme, señor. Pero he olido antes de ahora ese aroma. ¡Quizá en la finca de recreo de Worcester!

Milton le miró, irónico.

—Bien. Ahora sólo debes recordar quién era la persona que fumaba Talbot en la finca de Worcester.

—Lo recordaré... ¡lo recordaré! —prometió Douglas, ceñudo—. Pero necesito tiempo.

Milton se encogió de hombros. Ansiaba, en realidad, darse un baño, cambiarse de ropas y tomar un bocado.

Cuando llegaron ante el hotel de Charington, Douglas fue el primero en apearse. Introdujo la llave en la cerradura y se volvió, intrigado, hacia Milton, que llegaba ya.

—¿Qué ocurre?

—Es extraño. No abre —respondió el mayordomo.

—Déjame a mí.

La llave penetraba con esfuerzo en la cerradura y se resistía a girar. Finalmente, exasperado ya, Milton decidió que derribasen la puerta.

—De ninguna manera —dijo Douglas, digno—. Es cosa mía.

Teniendo en cuenta que pesaba unos cien kilos, que medía un metro noventa centímetros y que sus hombros eran anchos y firmes, Milton decidió confiar en su mayordomo.

Así que Douglas retrocedió, cuadró los hombros, tomó aire en sus pulmones y se lanzó a la carga.

La cerradura se rompió, la puerta se abrió y Douglas rodó vertiginosamente dentro de la casa.

Ya penetraba en ella Milton cuando olfateó, extrañado.

—Huele a gas —dijo.

Douglas se incorporó con las dos manos palpando amorosamente sus riñones. Su nariz se dilató como la de un podenco. Y también sus ojos.

—¡Señor! —gimió—. ¡Mire... mire eso!

Señalaba el envés de la puerta, de la que colgaban dos cables.

Milton avanzó y movió suavemente la hoja. Sujeto a la cerradura había un recipiente de plástico duro. Dentro había algunos cables, un elemento piezo-eléctrico, capaz de producir una pequeña cantidad de energía, un transformador de bobina y una masa, gris y blanda.

Milton había estado en Vietnam y sabía muy bien qué era aquello. Quizá por ello palideció y su rostro se cubrió de gotas de sudor.

—Una bomba de explosivo plástico —murmuró, en un suspiro.

Douglas respingó hacia atrás.

—¡Por amor de Dios, no la toque! —gimió, alarmado.

Pero Milton maniobró en el aparato y lo separó de la puerta.

—No hay peligro... ahora —exclamó—. El explosivo estaba acoplado de forma que estallara al girar el cilindro metálico de la cerradura. Creo que debemos la vida al hecho de que la cerradura se estropeará. Si esto hubiera estallado...

Douglas se aproximó y contempló con expresión temerosa el artefacto.

—¿Quién pudo colocarlo? —preguntó, cuando hubo recuperado la respiración.

—No lo sé. Quienquiera que sea, tuvo que entrar en esta casa, Douglas. Quizá utilizó una ganzúa para abrir. Y estropeó la cerradura... afortunadamente para nosotros.

—¡Eso... eso quiere decir que quizá dejó otras trampas en la casa! —gimió Douglas.

—No lo creo —respondió Craig—. Pero bueno será echar una ojeada. Con cuidado.

La inspección de la casa no reveló nada. Puertas y ventanas estaban cerradas. Y la casa henchida de gas como un globo.

—Ahora lo comprendo... —murmuró Milton, corriendo hacia el jardín.

Douglas llegó a tiempo de verle cerrar la llave que permitía el paso de gas propano desde el depósito del jardín a los múltiples servicios de la casa.

—¿Qué...?

—Habían previsto que el explosivo plástico podía fallar. Tú rompiste los cables al descerrajar la puerta. Pero con todas las llaves de gas abiertas, sólo hubiera sido necesario prender fuego a un cigarrillo, para volar por los aires convertidos en pasta para abono.

Douglas lanzó un hipido. Afortunadamente, media hora después, ambos habían recobrado el aliento tras paladear media docena de copas de jerez.

—Me temo que esto vaya en serio, señor. Tratan de matarle a toda costa. ¿No cree que sería mejor solicitar del teniente Frock que nos metiese a ambos en una celda de seguridad? —exclamó, sospechosamente colorada la punta de su nariz.

—No. No voy a esconderme ahora. Escucha, Douglas: algo me dice que tenemos al asesino de mi tío muy cerca. Pero... ¡es todo tan confuso! Me gustaría ver claro. Sin embargo, sé que terminaremos averiguando la verdad.

—Ojalá que no sea después de muertos, señor. Y al ritmo que siguen los acontecimientos...

—¡Calla! —le ordenó el joven—. He estado pensando en todo esto. ¿Quién tenía interés en asesinar a John Alexander Craig? Deduciéndome a mí, están Bill y Sandra. Pero es estúpido imaginar que ellos asesinaran a mi tío: su herencia está segura... incluso sin testamento. Quizá ese Ronald Warner, el elegante caballero que hace objeto a Sandra de su grotesco galanteo. Dime algo.

—No lo sé, señor. Warner, si se casa con *miss* Joyce, tendrá su porvenir asegurado. Por lo demás parece un hombre muy capaz, emprendedor... Un águila en los negocios.

—Pero un hombre sin fortuna, al fin y al cabo.

—Es cierto. En cuanto a sus primos... tiene usted razón, señor. Sin embargo, nunca me han gustado. Demasiado ambiciosos y egoístas.

—Dejémosles aparte, Douglas. Sirve otra copa. Mi cerebro está claro ahora. Bill y Sandra son demasiado estúpidos y holgazanes como para tomarse un trabajo laborioso y de responsabilidad como es un asesinato. Por ahora, pienso en Boris Kasan. Tú escuchabas a mi tío, Douglas. El hablaba en sueños, ¿no es cierto?

—Sí —confesó el mayordomo—. Yo dormía en la habitación más cercana y me despertaba a medianoche. Una noche... Se revolcaba en la cama y llamaba desesperadamente a alguien. «¡Milton!», decía. También dijo otras cosas. Por desgracia, yo no podía entenderle bien. Pero mencionó al profesor Kasan. Y un descubrimiento capaz... capaz de... Creo que nunca lo entendí.

—¿Un descubrimiento capaz de anular los efectos de la radiactividad atómica? Tío John estaba muy interesado en ello, lo recuerdo.

Douglas se puso en pie.

—¡Sí! Ahora que lo dice, era algo semejante. El sábado que regresamos a toda prisa de la finca de recreo, se empeñó en subir a su despacho. Interrogué a Gringaid, el conserje del edificio Craig, a la mañana siguiente. Gringaid Douglas adoptaba un tono

confidencial, es un chismoso, créame, y habló. Dijo que había oído el característico ruido de una caja de caudales al cerrarse. Es decir, su tío estuvo comprobando algo que guardaba en la caja de su despacho. Quizá una película, pues también habló en sueños de algo semejante.

—¡Una película! Entonces... Kasan fue a entregarle el resultado de su descubrimiento. ¡Consiguió el suero contra la radiactividad! —exclamó el joven, con gran excitación.

—Eso me temo —asintió Douglas.

—En ese caso, ¿qué esperamos aquí? Es necesario entrar en el despacho de mi tío y registrar esa caja —estalló Milton, decidido.

Douglas se llevó una mano a los riñones.

—Si no hay más remedio... Pero, señor, ¿no cree que ya es bastante por hoy?

—De ninguna manera. Esa película puede estar en peligro ahora mismo. ¡En marcha!

Douglas le siguió, resignado.

Sin preocuparse lo más mínimo por dejar la puerta abierta, salieron a la calle.

El hombre que aguardaba detrás del coche, salió a la luz, enjugándose el sudor del cuello con un pañuelo. Rezongaba algo entre dientes cuando se aproximó a Craig y su mayordomo.

—Ah, es usted, Frock —dijo Milton, contrariado.

—Quedamos en trabajar en equipo, ¿o no? Por cierto, que mi trabajo en la policía me obliga a cosas muy desagradables...

—¿Por ejemplo? —preguntó Milton.

—He tenido que reconocer un cadáver. Un cadáver en estado de descomposición, bastante desfigurado. Pero no lo suficiente como para no poder reconocerlo. En la comisaría dicen que soy buen fisonomista.

—Por muchos años —deseó el joven—. Y se dirigió al «Aston Martin».

—¿Puedo saber hacia dónde se dirigen? —preguntó, rápido, el teniente.

—Oh, por ahí —respondió Douglas, haciendo un gesto vago con un brazo extendido—. Hace calor y el señor Craig se ha empeñado en invitarme a wh... a un cocktail.

—Les acompaño —respondió inmediatamente Frock.

Milton se metió en el coche, impaciente.

—Está bien: entre —invitó de mala gana—. En realidad, no nos íbamos de juerga, teniente. Pero será mejor que se lo digas todo por el camino, Douglas. ¡Quién puede con este hombre!

Dio al contacto y arrancó rabiosamente. Mientras conducía hacia el Craig Building, Douglas jugaba con Frock como el ratón con el gato.

En el vestíbulo del edificio Craig sólo había un botones. Y parecía muy alarmado.

—Es míster Milton Craig —anunció Douglas—. Nos acompaña el teniente detective Frock. Queremos hablar con Gringaid, el conserje.

—Lo... lo siento, señores —el muchacho estaba evidentemente aturullado—. El caso es que el señor Gringaid está arriba, registrando las oficinas con otros empleados. Acaba de ocurrir un... incidente, señores. Yo mismo descubrí una de las ventanas del sótano destrozada. ¡Debió ser un hombre muy fuerte el que rompió los barrotes! Dos estaban partidos, los otros, doblados...

Oyéndole, Milton se precipitó a la planta de ascensores. Sólo había visitado el imponente edificio en dos ocasiones, pero eran suficientes para saber que el despacho de John Alexander Craig estaba en la planta catorce.

Douglas y el teniente Frock tropezaron entre sí al intentar seguirle a la carrera. Pero Milton no aguardó. Pulsó la manivela y marcó la planta catorce.

Al fin, el ascensor se detuvo con un balanceo suave de aire comprimido.

En el ancho pasillo, la puerta correspondiente al despacho del presidente estaba entreabierta. Sólo una luz brillaba en el extremo más alejado del pasillo.

Milton abandonó el ascensor y lo envió abajo. Aspiró con ansia y sacó su pistola olímpica.

Empujó la puerta lentamente y entró. Un gemido sonó dentro.

Movido por aquel sonido, Milton avanzó decidido a través de la secretaria.

Al fondo estaba el enorme despacho del presidente y a la derecha la entrada a la sala de reuniones.

La puerta, tapizada en cuero, estaba abierta. Adentro se oyó una

exclamación contenida.

Ahora Milton tenía miedo, auténtico y genuino miedo. No sabía qué había, adentro, no sabía qué ocurriría en adelante.

Tenía miedo y apartó la cortina de terciopelo verde. Su tío era un aficionado a los tonos verdes: Milton recordaba bien que había cortinas verdes a la entrada, en la puerta que comunicaba con la sala de juntas, en las ventanas... una verdadera obsesión por el verde.

Dentro, no se escuchaba el menor rumor. ¿O acaso su propia respiración le impedía escuchar la de la persona que se encontraba en el gran despacho?

Avanzó dos pasos. De pronto, alguien le agarró por un brazo, le quitó la pistola y le proyectó por encima de sus espaldas.

Aterrizó, dolorido, contra la imponente mesa «bureau» en nogal de John Alexander Craig.

—No se mueva —dijo una voz—. Le estoy encañonado con su propia pistola: Acérquese.

¡Una mujer!

Una mujer de voz aterciopelada, rica en tonos profundos, graves.

¿Qué hacer? Avanzar. Milton avanzó.

—Vuélvase de espaldas —volvió a ordenar la voz. Y Milton no se volvió, sino que adelantó los brazos y tomó a la mujer estrechamente contra sí.

Fue un minuto de forcejeo. La mujer se revolvía como una serpiente, intentando golpearle a culatazos.

Milton, por su parte, la apretaba férreamente contra su pecho, impidiéndole el movimiento.

¿Era una mujer? A juzgar por su virulencia, por su resistencia, no, decididamente.

Pero el pecho de un hombre es plano y duro. Y el pecho que Milton apretaba contra sí era voluminoso, abultado, placenteramente blando.

—¡Bruto...! —exclamó ella, al fin. Y Milton notó que sus pies, calzados, trataban de golpearle en las espinillas.

Cargado con la mujer, anduvo hasta el conmutador de la luz y la encendió. Al mismo tiempo dejó que la mujer cayera de espaldas.

Aquel conjunto azul claro, aquellos cabellos negros, aquellos ojos llenos de odio...

—¡Usted! —exclamó Milton, reconociendo a la jovencita que le había estado espiando en un bar de Mount Vernon.

—¡Usted! —exclamó ella, llena de estupor.

Su estupor, en cualquier caso, duró escasamente una décima de segundo. Porque la «Zelper-22» de Craig, estaba a escasa distancia de ella.

—Está descargada, no vale la pena —dijo Milton. Y ella se detuvo.

Entonces con toda frescura, el joven se inclinó y la recogió. En un movimiento rápido, sacó el cargador y lo mostró, henchido de balas.

—¡Aprovechón...! —rugió ella, despechada.

—Afortunadamente —sonrió, melifluo, Milton.

Sus ojos fueron inmediatamente al precioso paisaje que decoraba el despacho, tras el «bureau» de nogal. Y en su trayectoria, los ojos de Craig tropezaron con el cuerpo tendido en el suelo.

Era un verdadero hombretón. A buen seguro que medía cerca de los dos metros y pesaba más de ciento veinte kilos.

—¿Quién es? —preguntó Milton, sin dejar de encañonar a la mujer.

—¿Yo?

—Él. —Milton señalaba con la mano derecha al hombre inmóvil.

—No lo sé —respondió la bellísima jovencita, mientras recomponía su atuendo—. Estaba aquí cuando llegué. Por desgracia, había abierto la caja. Estaba registrándole, cuando llegó usted.

Milton la miró, desencajado.

—¿Usted... usted le puso fuera de combate? —preguntó.

Ella bajó los ojos al suelo. Con modestia.

—Tuve que hacerlo. Estaba de espaldas y le golpeé a placer... ¡así!

Como una airosa y elegante pantera, la mujer acababa de saltar sobre él, Sus manos, rígidas, no lograron alcanzar a Milton, que había retrocedido de un salto, con cierto apuro.

—Cuidado, muchachita. La «Zelper» abre ojales diminutos, pero mortíferos. ¿Quién eres tú?

Ella se alzó del suelo humillado.

—Me llamo Nelly Kasan. No necesito preguntar quién es usted. Le conozco: se llama Milton Craig y es el *estúpido* sobrino del

honorable John Alexander Craig. He estado vigilándole, desde que llegó de Montreal. Y a pesar de todo, sigo sospechando de usted.

—Pues nada, pequeña, sigue sospechando todo lo que quieras —respondió Milton, zumbón—. Pero, dime, ¿qué viniste a hacer aquí?

La había empujado hacia la puerta, esperando que Douglas y el teniente Frock llegasen de un momento a otro.

De repente, el hombre que permanecía inmóvil sobre el suelo, se movió. Cuando Milton escuchó el leve rumor, se volvió y vio al hombre, rígido y amenazador, entreabiertos los largos brazos gorilesco.

—¡¡Quieto!! —gritó el joven, encañonándole—. Tengo mucho interés por saber de qué zoológico se ha escapado. ¡No se mueva! El teniente Frock llegará de un momento a otro.

Los ojillos del desconocido se movieron, inquietos. Y de repente, haciendo caso omiso de la orden de Craig, volvió sobre sus pasos y sé lanzó hacia la cortina que se movía a impulsos del viento.

El cuerpo desapareció tras la cortina. Lejano, remoto llegó un alarido infrahumano.

—¡Dios mío! —gimió Nelly Kasan, corriendo hacia la ventana—. ¡Está loco! ¡Se ha lanzado al vacío!

Se volvió, demudada. Milton la contemplaba con extrañeza, con los nervios en tensión.

—No es posible —murmuró él—. ¡Hay persianas..., resistentes persianas metálicas!

Nelly tragó saliva y su busto se hinchó al respirar.

—Yo... la abrí. Abrí la persiana, después de abatir a ese hombre. El ambiente era cargado, denso, sin oxígeno. Y... la abrí. Ese hombre... está abajo. Muerto, destrozado... ¡oh, Dios mío!

Milton iba a estallar en reconvenciones exaltadas, cuando el teniente Frock penetró en la habitación.

Con la voz emocionada y vibrante, Milton le explicó lo que acababa de ocurrir.

—Ella es Nelly Kasan, hija del profesor Kasan —terminó, señalando a la jovencita, estremecida de terror—. En cuanto a ese individuo, debió confundir la ventana con la puerta. Una mortal equivocación.

De pronto ella rompió a llorar. Lloraba suavemente, sin histerismos. Un llanto suave y dulce.

Milton se humedeció los labios. Luego guardó su pistola y puso una mano sobre los hombros de Nelly.

—No lo comprendo —dijo, conciliador—. ¿Por qué viniste aquí, cómo lograste entrar?

Nelly se limpió los oídos con el dorso de la mano. Muy enérgica y... femenina, al fin. Suspiró.

—Sé que mi padre no se suicidó. Lo asesinaron. Muy inteligentemente, de forma sutil y perfectamente ejecutada. Pero lo mataron. Yo quería comprobarlo por mí misma, descubrir al asesino. Sabía que su muerte estaba relacionada con su último descubrimiento científico. Algo muy importante. Mi padre no quiso decírmelo, pero yo pude adivinarlo. Se sentía excitado, satisfecho, alegre, burbujeante...

—Bien, pero ¿por qué vino aquí? ¿Sabía usted algo determinado...? —Era Frock el que preguntaba.

—Estuve hablando con *miss* Grant, esta misma tarde. La verdad es que he estado dando palos de ciego, durante días y días... Finalmente, tuve suerte. Shirley Grant era suficientemente ambiciosa como para hablar por dinero. Le di mil doscientos dólares. Todo lo que tenía en efectivo. Y me dijo que *míster* Craig había guardado una película en su caja de caudales. La película se la había entregado mi padre. Yo quise conseguir esa película: sabía que el cebo atraería al hombre que mató a mi padre o a alguien relacionado con él. Eso es todo.

—Un juego mortal, señorita Kasan —la sermoneó Frock—. Pero...

Milton miró a Nelly. Era preciosa. A cada mirada, Milton estaba más convencido de que la hija del profesor Kasan era una maravilla con... rotundas formas de mujer.

—Pero sabemos mucho más. —Frock se quedó mirando a Craig, que siguió—: Y voy a demostrárselo ahora mismo. Veamos, Nelly: ¿había alguien con *miss* Grant cuando hablaste con ella?

—Sí. Había un hombre... aunque se escondía en la terraza. Sus precauciones sirvieron de poco: le reconocí.

—¿Quién era? —preguntaron Frock y Milton, al unísono.

—Bueno, no creo que tenga tanta importancia. Confieso que también sospeché de él, en principio. Pero luego —al notar la impaciencia de los dos hombres, Nelly confesó—: Era Ronald

Warner.

En cuanto la hubieron oído, Frock y Craig cambiaron una mirada. E inmediatamente, entre los dos, empujaron a Nelly fuera del despacho.

—¡Un momento! —gritó Frock—. ¡Hay que registrar la caja!

—¿La caja? Estoy seguro de que no hay nada importante en ella. ¿Es cierto, Nelly?

—Absolutamente. Yo no encontré nada. El hombre que se ha arrojado al vacío tampoco conservaba una película de celuloide en sus bolsillos.

En el pasillo oyeron un jadeo. Era Douglas, que apareció un segundo después, profundamente agotado.

—Pobre —murmuró Frock—. El otro ascensor estaba averiado.

Milton rió de buena gana. Y acercándose a Douglas, le tomó por el brazo y susurró a su oído:

—Vamos abajo. Tengo un magnífico plan.

Douglas miró de arriba abajo a la bellísima Nelly Kasan y asintió:

—Usted sí, señor. Pero ¿y yo, pobre de mí?

CAPÍTULO XI

En el vestíbulo, Gringaid, el conserje, les salió al paso.

—¡No puede imaginarse mi aflicción, señor Craig! —gimió desesperadamente—. ¡Todo este terrible conflicto! Naturalmente, están reparando la ventana del sótano...

—Olvídese de ello —contestó Milton, confortablemente abrazado a Nelly—. Lleve al teniente Frock al departamento de radio.

Gringaid se apresuró a cumplir la orden. Poco después, el macizo Frock se reunía con ellos. Su pañuelo tenía ya un lamentable aspecto pringoso.

—¿Qué...? —le interrogaron Nelly y Milton, con gran ansiedad.

—Toda la policía de Boston busca ya a Ronald Warner. Acusado del asesinato de *miss* Grant, no tardará en ser detenido. Creó que pueden irse a descansar... a menos que usted, señor Craig, desee interponer alguna denuncia contra *miss* Nelly Kasan —respondió Frock, con cierta ironía, al comprobar que seguían abrazados.

—Nada más lejos de la realidad —dijo Douglas, solemnemente—. Mi señor tiene su plan.

—Buenas noches —respondió Frock. Y añadió, ya en la puerta—: Espero que descansen. En cuanto a mí... ¡esta profesión jamás estará bien pagada!

En cuanto le vieron desaparecer, Milton empujó a Nelly hacia la habitación del conserje y ordenó a Douglas:

—¡Aprisa! Busca en la guía el número de Ronald Warner. ¡Es urgente!

—No es necesario, señor —respondió rápido el mayordomo—. Su número es el 888 — 32 — 55. Si marca el número le responderá una voz de mujer: se trata de una señora madura. Su

«entretenimiento», señor: ella paga todos los gastos.

—Admirable —repuso Milton, reprimiendo sus deseos de besar a la abatida Melly Kasan. Y para ello, se dio prisa en marcar el 888 — 32 — 55.

En efecto, una voz de mujer, áspera y malhumorada, llegó hasta su oído:

—Escuche, señor, quien quiera que sea: estoy harta de contestar al teléfono. Todos preguntan por Ronie. ¡Y él es mío! Bueno, quizá usted no tenga la culpa de mi malhumor...

—Eso creo —interpuso Milton, buscando el cuerpo de Nelly.

—Quizá usted pueda comprenderme. Ronie me dice que va a pasar el fin de semana a Graystone Gardens. Con el señor y la señorita Joyce. Después me llama un tal señor Bukmann, que lo habla todo con una desagradable erre alargada. También está citado con Ronie en Graystone Gardens. Y por fin, llama un individuo que dice llamarse Garland y asegura igualmente que mi Ronie le ha invitado a pasar el fin de semana en Graystone Gardens. Y yo aquí, en casita, regando las flores del jardín. ¿No cree que hay para desesperarse?

—Un sinfín de motivos, señora mía —respondió Milton. Y colgó. Cuando abandonaban el edificio, Douglas preguntó:

—¿Adónde vamos, señor?

—Depende —respondió su señor—. ¿Qué distancia hay a Gray Stone Gardens?

—Setecientas millas, señor. Allí se va en avión, pero ahora, por la noche, no...

—Entonces iremos en mi coche —decidió, haciendo filigranas para que Nelly no se separase de él en medio de la gente que transitaba por la acera—. Y a pesar de todo, creo que no estaría desacertado hacérselo saber a nuestro amigo Frock. Le llamaremos desde cualquier estación de servicio.

—Pero, señor —gimoteó Douglas—. Después de todo lo ocurrido, mis riñones están hechos miga. No quiero quejarme, ¡pero toda una noche en automóvil! Daría un año de mi vida por descansar sobre una cama...

Milton le miró con severidad.

—Si no vamos a Graystone Gardens, es posible que descansemos para siempre, Douglas. Estoy comprendiendo muchas cosas. Ronald

Warner dijo a su entretenida que iba a Graystone... para servirse de ello como coartada. Estoy seguro de que cuando lleguemos allí, habría docenas de personas dispuestas a jurar que Warner no se ha movido del parque desde el mediodía. Pero nosotros sabemos ahora que él asesinó a Shirley Grant; esta misma tarde. ¿Vamos a Graystone Gardens?

Douglas hundió la cabeza en el pecho.

—¡Qué remedio! —sollozó cómicamente, dejándose caer sobre el asiento trasero.

* * *

Hardy Bukmann era delgado, alto y sinuoso como una serpiente. Usaba gafas especiales montadas al aire y siempre daba el aspecto de un caballero pulcro y elegante, pero frío, viscoso y mil veces desagradable.

A la hora del desayuno se reunió con Ronald Warner en la maravillosa terraza colgada del parador WoodHouse, en el corazón de Graystone Gardens.

—¿Dónde están ellos? —preguntó Bukmann, sin mirarle.

—¿Se refiere a los Joyce? Se han empeñado en madrugar para dar un paseo a caballo. ¡Pobres animales! Los compadezco —respondió Warner, llevándose a los labios la taza de café.

—Entonces podemos hablar tranquilos —declaró Bukmann, con su fuerte y desagradable pronunciación—. Óigame bien, Warner: no estoy dispuesto a «seguir» esperando: quiero el filme.

Warner parpadeó aprisa.

—Ya le he dicho que lo tendrá, Bukmann. Pero no he conseguido aún hacerme con la película. ¡El maldito viejo Craig! Bien se burló de mí: el filme que había en su caja de caudales era un simple rollo sin usar. Pero lo conseguiré: es cuestión de tiempo.

Bukmann, habitualmente pálido, enrojeció hasta la calva.

—¿Parra esto me ha traído aquí? —exclamó, colérico—. Amigo mío, yo no dispongo de tanto tiempo como usted imagina. Necesito el filme enseguida. ¡Una semana! Es todo el tiempo que puedo concederle. Pasado ese plazo, actuaré por mi cuenta. Creí que tendría lo que me interesa y usted... ¡usted se dedica a consumir su tiempo en Graystone Gardens! ¡Es inaudito...!

Warner le miró fríamente. Temía a Bukmann, pero le necesitaba.

—Tuve que hacerlo —confesó— para cubrir mi coartada. He... he matado a Shirley Grant. No me equivoqué al suponer que esa chica estaba aterrada. Afortunadamente...

Bukmann sonrió. Si las cosas habían ido bien, Burt Dowson habría recuperado para él ya la película que le interesaba.

—Una semana —remachó—. Ése es el plazo de que dispone, Warnerr. ¿Qué piensa hacer?

—Nada hasta el lunes. Dentro de unos instantes volverán los Joyce. Seguramente, Sandra querrá practicar el tiro al plato. Venga con nosotros. Se divertirá viendo cómo ella no hace un solo blanco.

—¿Es posible que le guste esa mujer con silueta de barril?

—¿Gustarme? Por favor, Bukmann: tengo buen gusto. Pero soy ambicioso y ella será rica dentro de poco, ¿comprende?

—Comprendo. Y acepto su invitación para presenciar los disparos de miss Joyce. ¡Serrá todo un espectáculo! —respondió Bukmann.

* * *

En el vestíbulo del parador Wood-House, Milton Craig dejó un billete de cien dólares sobre el mostrador.

El conserje se apresuró a tomar el billete.

—Ah, por cierto, lo olvidaba, señor Craig: sí, hay una *suite* en el ala este. La verdad es que acaban de anular la reserva y...

—No se canse. Escuche, amigo; sé que mis primos, Bill y Sandra Joyce, se alojan aquí. ¡No, no les diga nada! Quiero darles una sorpresa, ¿comprende? Supongo que está al tanto de sus planes para esta mañana...

—Oh, sí, señor —respondió el conserje, agradecido—. Los señores Joyce marcharon a dar un paseo a caballo. Después piensan pasar el resto de la mañana tirando al plato.

—Gracias —expresó Craig—. ¿Cuáles son sus habitaciones? ¿Han traído automóvil?

—Ocupan la diez y la doce. Y vinieron en el «Cadillac» del señor Warner.

—Perfectamente. Volveré después, amigo mío. Vamos, Douglas. Nelly Kasan estaba adormecida sobre el asiento trasero.

—Déjala —susurró Douglas—. Es mejor que siga durmiendo. Nosotros tenemos algo importante que hacer ahora.

—¿De qué se trata? —preguntó Douglas. Tenía los ojos abultados y no parecía muy despierto.

—¿No lo imaginas? Probablemente, tanto Warner como mis primos han traído sus carabinas y municiones para tirar al plato. Ven. Busquemos el «Cadillac» de Warner. En el maletero, probablemente...

* * *

Hacia las once de la mañana el calor era insoportable.

Corriendo hacia las colinas por el caminito del bosque, el «Aston Martin» dejaba tras sí una gran estela de polvo rojo.

Luego los pinos fueron quedando atrás y el camino discurrió sobre las profundidades de una vaguada.

A lo lejos sonaban los estampidos de las carabinas. Se aproximaban al lugar donde varios tiradores disparaban de cuando en cuando.

Milton frenó en seco y Nelly se despertó.

—¿Dónde estamos? —preguntó, desperezándose como una gatita.

—En Graystone Gardens, pequeña. Será mejor que te quedes aquí. No estoy seguro de que los acontecimientos discurran de forma pacífica —aconsejó el joven.

Pero Nelly se negó a permanecer pasivamente en el coche y les acompañó.

Ronald Warner, que acababa de disparar dos veces, sin hacer blanco, al parecer, se volvió al escuchar el rechinar de la arena bajo los pies de los que se aproximaban.

Y se quedó envarado. Porque Milton Craig llevaba uno de sus mocasines en la mano izquierda. El mismo zapato que perdiera la noche anterior en el callejón de Mount Vernon.

Su rostro se desencajó y el sudor corrió a mares, empapándole el cuello.

No había que hacer preguntas, eran inútiles las palabras.

Apresuradamente, Warner extrajo dos nuevos cartuchos de su chaleco de lona los introdujo en las recámaras y encañonó a Milton,

Nelly y el mayordomo.

—Muy bien, Craig —dijo Warner, con voz concentrada y pastosa—. Ya lo sabe. Pero no le valdrá de nada. Quiero ese zapato. Es la única prueba contra mí.

Milton dejó escapar una carcajada. Nelly se llevó las manos al pecho y Douglas masculló algo entre dientes, tembloroso.

—No sea estúpido, Warner —de reajo. Milton estaba viendo a Bill y a Sandra, sus dos gordísimos primos, que se aproximaban, carabinas en mano—. Aunque recupere el zapato, de nada le servirá. La policía sabe ya que posee usted toda una colección de fusiles y pistolas de aire comprimido... como la que utilizó para asesinar a Shirley Grant.

En cuanto le hubo oído, Warner se echó la carabina a la cara y disparó dos veces, al tiempo que gritaba como un energúmeno:

—¡¡Disparad, disparad sobre ellos!!

Se dirigía a Bill, a Sandra y a Hardy Bukmann, que aguardaban en apretado grupo junto al «Cadillac».

Como impelidos por un resorte, Bill, Sandra y Bukmann alzaron sus carabinas y dispararon rabiosamente contra Milton y sus acompañantes.

Sus rostros redondos, grasosos y blandos se crisparon en un rictus horrible.

Los cuerpos de Nelly, Milton y Douglas cayeron sobre la arena como tronchados por una guadaña.

Luego Bill dio un grito. Estaba pálido y alterado, pero reía a carcajadas cuando se reunió con Warner:

—¡Yo, he sido yo, Ronald! ¡Yo he matado a Milton!! ¡Hice lo que ninguno fue capaz de hacer! —chillaba, como poseído por el diablo.

—Calla, imbécil —le cortó duramente Warner—. Fui yo el primero que disparó. Mis disparos les alcanzaron de lleno.

Sandra se acercó a él, pavoneándose de forma ridícula.

—No eres muy modesto, querido —dijo acariciando a Warner—. Olvidas que también disparé yo. Y Bukmann. Puede decirse que los hemos matado entre los cuatro.

El zumbido lejano que había estado oyéndose aumentó de volumen. Los cuatro asesinos alzaron sus ojos a lo alto y vieron surgir el helicóptero por encima de la colina más próxima.

—¡Un helicóptero de... de la policía! —exclamó Bukmann, pálido.

Inmediatamente soltó la carabina y corrió desalentadamente hacia su automóvil. Se equivocó: debía haber utilizado el «Cadillac», que estaba a pocos metros.

El helicóptero se abatió sobre él. Un megáfono ordenó desde lo alto:

—¡¡Deténgase!! —Pero Bukmann siguió corriendo. Hasta que una ráfaga de metralleta le tronchó las piernas.

Muy pálidos, abandonadas las armas, Bill, Sandra y Ronald Warner contemplaron el descenso del aparato, del que surgieron el teniente Frock y cuatro policías de uniforme.

—¡Uf! —rezongó Frock, en cuanto puso pie en tierra, sacando su pañuelo para enjugarse—. Un día demasiado caluroso, señores... incluso para matar.

En aquel momento sucedió algo insólito: Milton Craig se puso en pie de un salto y ayudó a levantarse a Nelly y a Douglas, que empezó inmediatamente a sacudir su oscura chaqueta manchada de polvo rojo.

—¡¡Están vivos...!! —chilló Sandra, horrorizada—. ¿Cómo... cómo es posible? ¡Nosotros... disparamos... a matar!

Milton se aproximó a ellos. Sus facciones, siempre cordiales, estaban ahora tensas, desencajadas y pálidas.

—Claro que tiraste a matar, querida Sandra. Pero Douglas y yo habíamos descargado de perdigones de plomo todos los cartuchos, rellenando el hueco con papel ¡Es increíble! Incluso habiéndolo visto con mis ojos, me resisto a creerlo: mis queridos y estúpidos primos, convertidos en unos vulgares y ambiciosos asesinos —murmuro.

Bill pronunció unas palabras groseras. Pero los policías le esposaron y le obligaron a callar. Luego hicieron otro tanto con la gordísima y llorosa Sandra y con Warner, humillado y hundido.

Douglas precedió a Milton y a Nelly hacia el «Aston Martin». Cuando se acomodaron, Milton la miró con ternura y dijo:

—Lo siento, pequeña. No sabías nada y tuve que derribarte y obligarte a callar. Ellos debían creer que el triple asesinato se había consumado.

—No me importó que me cubrieras con tu cuerpo, Milton. Me

sentía muy cómoda así —respondió ella, sonriendo con malicia.

El helicóptero de la policía estaba ya ante la explanada del parador cuando llegaron.

En la zona de aparcamiento, Milton vio un «BMW» azul y se aproximó, curioso. Lo que vio le obligó a volver la vista, con repugnancia.

—¡Garland...! —exclamó—. ¡Acribillado a balazos!

—No era Garland... aunque se hacía pasar por él. Ese hombre se llamaba Joe Gatsum, y hace algún tiempo era policía. Precisamente fue Phil Garland, un detective privado muy honesto y prestigioso, el que demostró que Gatsum estaba recibiendo dinero a cambio de «protección» a algunos clubs, ¿comprende? —Frock se había apoyado sobre el coche y se enjugaba el rostro con un pañuelo mojado—. Se le expulsó de la policía, pero Gatsum era un loco y no olvidó que Garland le había descubierto.

—Y asesinó a Garland, supongo. ¿Era de Garland el cadáver descompuesto al que se refirió anoche? —preguntó Milton, con profundo interés.

—Sí. Unos perros desenterraron el cuerpo, en el mismo jardín de la casa de Garland. Encontramos a una jovencita llamada Dolly y nos dijo algunas cosas. Johnson había visitado a Gatsum, ¿comprende? Lo mató también. ¿Sabe por qué?

—Déjeme adivinar. Johnson trabajaba en el Golden Club. ¡Quizá él le facilitó el plano del edificio y Gatsum asesinó a mi tío! ¿Es así?

—Seguramente. Warner se desfondará, en cuanto le sometamos a interrogatorio: confesará que él y los Joyce se confabularon para asesinar a John Alexander Craig... en cuanto supieron que su tío los acababa de desheredar.

Milton lanzó una exclamación. Pero Frock volvió a tomar la palabra:

—Hemos registrado la casa de los Joyce: el testamento estaba escondido entre unas sábanas. Posiblemente, el hombre que asaltó el despacho del notario, fue Burt Dowson, el individuo que se arrojó anoche al vacío. Trabajaba para Bukmann. Y podré demostrarlo. Bukmann jugaba con doble baraja: se entendía con Warner y también con los Joyce.

—¿Qué pasó con Gatsum? —inquirió Douglas, que acababa de acercarse.

—Les digo que esta profesión no está bien pagada —se quedó Frock—. Apenas acabábamos de descender en el helicóptero, cuando le vi ahí mismo. El también me vio. Y empezó a disparar. Tuvimos que arrojarlos al suelo. Luego...

—¿Cree que Gatsum asesinó a Boris Kasan? —quiso saber Milton.

—Probablemente. Era su estilo. Warner le envió con el fin de eliminar a la única persona que conocía la fórmula del suero anti-radiactividad. Por desgracia, quizá jamás recobremos esa película...

Todos se volvieron al escuchar la exclamación de Douglas, que se llevó la mano a un bolsillo y sacó un rollo de celuloide.

—Yo... Bueno... No pensé... Creo... En fin, cuando vestí el cadáver de míster Craig, encontré esto en su bolsillo. Quizá... sea... lo que buscan, ¿eh?

Frock, Milton y Nelly le miraron llenos de estupor. Y luego prorrumpieron en una carcajada que liberó su tensión.

—Debo quedarme con el filme, señor Craig. Lo siento. En esta profesión... En fin, pueden marcharse, si quieren. Les deseo un largo y prolongado descanso.

Milton cruzó índice y pulgar y huyó, llevando del brazo a Nelly.

—¿Es que no va con ellos? —preguntó el teniente a Douglas, viendo que éste permanecía inmóvil junto a él.

—Espero que usted se sirva devolverme a Boston, teniente. En cuanto a Milton Craig... Ya lo ve: el señor tiene un plan.

Frock lanzó una carcajada. Y enseguida volvió a comentar algo acerca de su condenada profesión.

FIN

Kelltom McIntire es un seudónimo de José León Domínguez. La abultada nómina de autores que colaboraron en las colecciones de ciencia ficción de la editorial Bruguera, unos treinta en total, tiene en Kelltom McIntire o, si se prefiere, José León Domínguez, uno de sus principales colaboradores, con un total de 61 novelas (55 en La Conquista del Espacio y 6 en Héroes del Espacio).

José León Domínguez es un alcalaíno oriundo de tierras extremeñas, donde nació, en la localidad pacense de Higuera la Real, el 31 de julio de 1937. Según me ha contado personalmente (es paisano mío, y una persona de lo más amable), ganó su primer premio literario (cien pesetas de las de entonces) cuando tan sólo contaba con cinco años de edad, lo que demuestra una vez más el conocido refrán que afirma que de casta le viene al galgo. Cursó el bachillerato, comenzó a estudiar magisterio y finalmente, como muchos de sus paisanos, recaló en Alcalá de Henares allá por 1969, con poco más de treinta años de edad. Aunque inicialmente trabajó en una fábrica, una de las muchas existentes en el viejo solar complutense, pronto empezó a publicar novelas en las diversas colecciones populares que florecían entonces en España, principalmente las de las editoriales Toray y Bruguera. Su primera novela aceptada por Toray se titulaba *ULTIMÁTUM A UN PISTOLERO*, era obviamente del oeste y le pagaron por ella 4000 pesetas, una cantidad nada despreciable en 1969 ya que podía equivaler, casi, a un salario mensual medio. Su debut en Bruguera tuvo lugar con *LA PISTA DE LOS 100 000*, también del oeste, y a partir de entonces ya no paró...